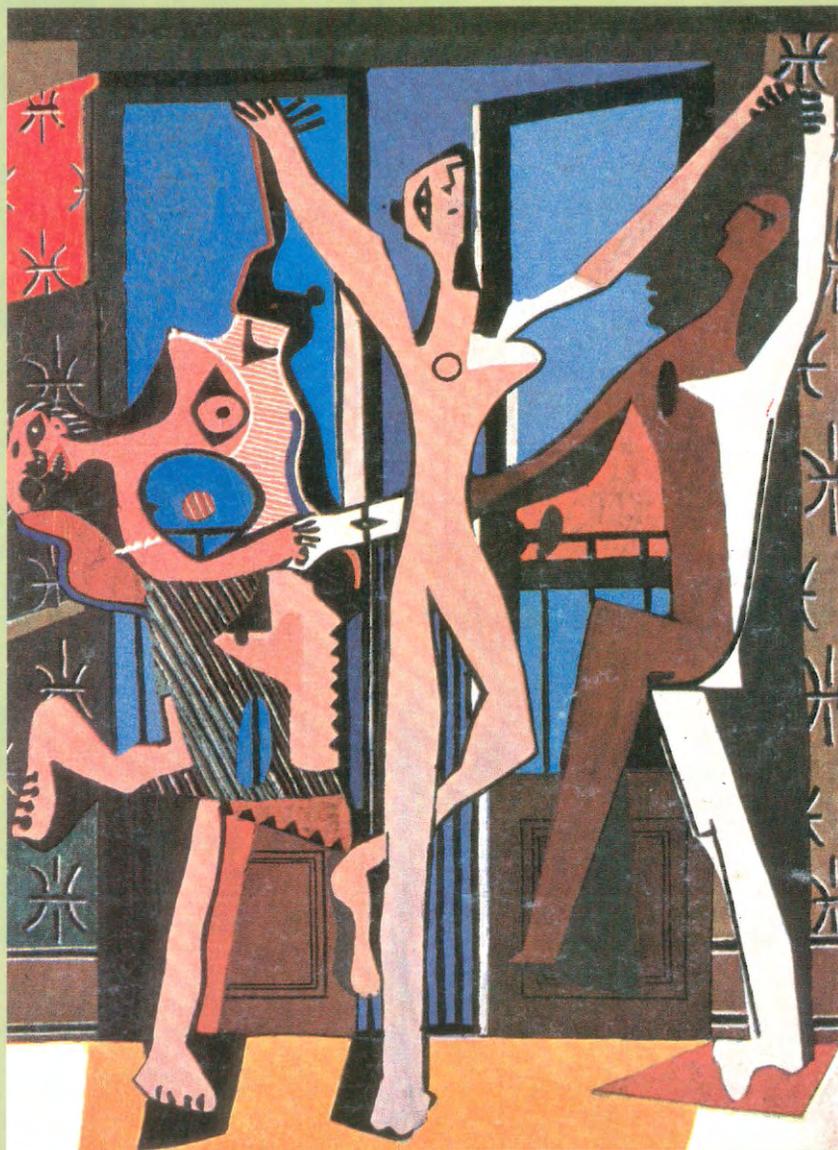


EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 114 *Editorial*

MARZO-ABRIL DE 2005



Rodolfo Stavenhagen, profesor emérito

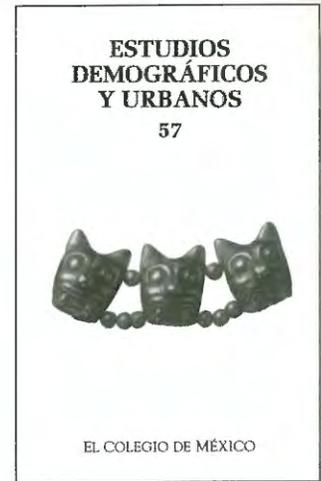
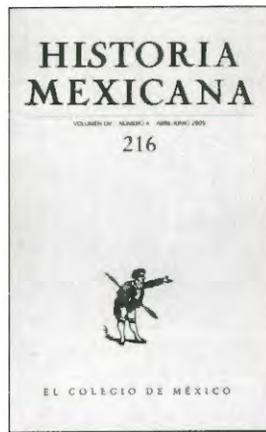
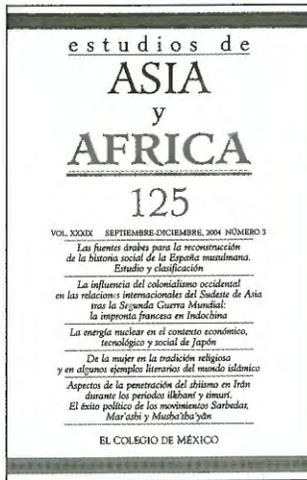
Octavio Paz

Por Adolfo Castañón

Dos notas sobre Gilberto Owen

Antonio Cajero

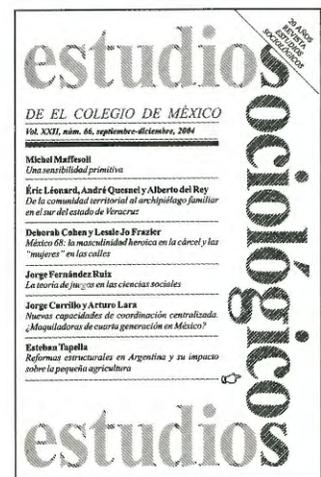
PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



ÍNDICE

Rodolfo Stavenhagen, emérito

■ *Leonel Durán Solís* ■ 3

Rodolfo Stavenhagen

■ *Gustavo Verduzco* ■ 7

Rodolfo Stavenhagen y el Centro de Estudios
Sociológicos

■ *Claudio Stern* ■ 9

Palabras pronunciadas en ocasión de recibir
el nombramiento de Profesor Emérito

■ *Rodolfo Stavenhagen* ■ 11

El poeta como revisor.

Notas para la relectura de *Pasado en claro*

■ *Adolfo Castañón* ■ 15

Dos notas sobre Gilberto Owen

■ *Antonio Cajero* ■ 21

La fábrica de las ilusiones

■ *Clara Bargellini* ■ 26

Rafael Cadenas

■ *Mario Eraso* ■ 29

Derrota

■ *Rafael cadenas* ■ 31

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Tel. 5449 3000, ext. 3077, Fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■
Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 114, MARZO-ABRIL DE 2005

Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



Rodolfo Stavenhagen, emérito

I

Para situar al personaje académico hoy emérito de El Colegio de México

En una reunión anterior en homenaje al Dr. Rodolfo Stavenhagen (UAM-Xochimilco, 1999), comentaba que si en toda cultura se comparten valores diversos que dan sentido a la vida de las personas, a los miembros de un grupo o una sociedad, en Stavenhagen, junto a los principios que comparte como ciudadano, los valores asociados a los derechos humanos tienen para él una importancia rectora. Esto lo ha llevado, a lo largo de su brillante trayectoria como científico social, a reconocer y respetar a toda persona individual o colectiva, etnia o nación; a buscar lo que las distingue, pero también lo que las hace semejantes, porque en las relaciones sociales esos valores son amalgamas que unen, separan o enfrentan. También, decía que si Rodolfo hubiera sido un hombre del siglo XVIII la historia lo tendría registrado como un empeinado luchador por los derechos del hombre y las garantías constitucionales. Y en el presente, siendo un hombre en el siglo XX, y ciudadano del siglo XXI, su labor como investigador de las relaciones sociales y sus conflictos tiene una estrecha relación con la teoría y la práctica de los derechos humanos, en su más amplia acepción: valiosos instrumentos para superar las divergencias, los odios, darle sentido a la vida social, pues ésta vale si se comparte con otros, los próximos y los lejanos, con todo y entre todos.

Rodolfo Stavenhagen ha contribuido con sus investigaciones y obras sociológicas a enriquecer la cultura de

México y del mundo, y también con su activa participación en las instituciones académicas: universidades de América Latina, América del Norte, Europa, África y Asia; en organismos internacionales y en múltiples organizaciones de la sociedad civil. Los privilegios de su inteligencia, conocimiento, sensibilidad, y vocación humanista se han aplicado en diferentes campos de las ciencias sociales con la mayor generosidad, propiciando un diálogo permanente con hombres y mujeres de numerosos países. Y todo eso ha sido posible por una rigurosa formación académica, los múltiples idiomas que habla, sus análisis, comprensión y explicación de problemas sociales contemporáneos, con una amplia visión de futuro. Los temas que ha elegido durante su trayectoria profesional siempre han sido para él un reto estimulante, y con imaginación sociológica se ha enfrentado a ellos en sus investigaciones y cátedras. Y lo ha llevado a cabo con una entrega total y amorosa, porque él es un hombre que muestra en las cuestiones humanas que aborda conocimiento, reflexión, sabiduría y amor, cristal fino que ha sabido cuidar y proteger con sobria seriedad y autoridad intelectual, sin que se conviertan en obstáculo para su objetividad científica y rigor académico. Sus motivaciones más íntimas no afectan su método; más bien han sido un impulso para investigar, conocer, explicar, comunicar, enseñar, y articularse a su tiempo y al mundo a través de sus múltiples escritos, artículos, conferencias, ensayos, libros, clases, cátedras, seminarios, talleres, dirección de tesis, etc. También, en la gestación de muchas y diversas iniciativas, en las que siempre ha vinculado la teoría y la academia con sus aplicaciones prácticas a la vida social de México y del mundo. Por ello, no estoy fuera de lugar si hago comparable su esfuerzo al impulso que tuvieron los

*Director del Museo Nacional de las Culturas-INAH.



filósofos y los educadores europeos de la Ilustración y el Romanticismo: su gran pasión por el conocimiento, vocación para compartirlo, reconocer y valorar la cultura de los pueblos como fuerza liberadora en la construcción de naciones, rostros e identidades.

Creo que es así como nuestro homenajeado ha contribuido a reconocer y valorar la identidad plural de los mexicanos; ver y apreciar nuestros distintos rostros, a conocer y valorar la diversidad cultural del mundo, la vigorosa presencia de las etnias y su contribución a las naciones, que se fortalecen por sus aportaciones a la cultura, no imaginada sino vivida, asumida en su diversidad fecunda y en sus múltiples direcciones: geográficas, humanas, sociales y políticas. Lo mismo que en sus aspiraciones, valores y fortalezas. Y frente a ello, identificar sus límites, fracasos, debilidades, riesgos y peligros en un mundo de disyuntivas y causas divergentes y principios contrapuestos. El mundo de boy.

¿Cuáles fueron los antecedentes y las circunstancias que condicionaron el desarrollo de Rodolfo Stavenhagen? Cuando niño, se formó en México en una

etapa en la que nuestro país aún expresa su nacionalismo. En un ambiente familiar que lo acerca a nuestras raíces más profundas, rodeado por piezas extraordinarias de la colección de arqueología mesoamericana mostrada por las manos de su padre, el Dr. Kurt; de cuadros y muestras de arte de connotados artistas del país y de Europa que eran el gozo de su mamá Lore; de muchos libros bellos y de las visitas a su hogar de numerosas personas de distintas nacionalidades e idiomas, con pláticas, comentarios y análisis de lo que sucedía en el mundo y en México, de los que Rodolfo aprende y mucho. Después, el ingreso a la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, donde nos conocimos, que en ese entonces era una escuela pequeña, acogedora y familiar, situada en el antiguo Museo Nacional en la calle de Moneda 13, en el Centro Histórico de la ciudad de México, donde se vivía en el contacto cotidiano, casi epidérmico, con exposiciones sorprendentes y maravillosas de la arqueología y la etnografía de diversas regiones del país, y de otras culturas como la de los Mares del Sur, en Oceanía. Escuela

con maestros importantes, grandes señores que, como sus alumnos, venían de diversos confines de México y del mundo. Institución de dimensiones físicas pequeñas y anhelos grandes, que propiciaba la estrecha concurrencia de condiscípulos y maestros, surgía la amistad y también el amor, de maravillosas oportunidades a los estudiantes propiciando su trabajo de campo en diferentes ámbitos geográficos, humanos y culturales del país. Allí inició Rodolfo su contacto con la pluralidad cultural de México y del mundo, que ha sido para él una constante de estudio, reflexión y cátedra. Épocas: la del joven estudiante (que en un baile de disfraces escoge vestirse de chino con todo y coleta) a la del investigador, escritor y conferencista sobre la cultura y diversos temas del mundo contemporáneo: conflictos étnicos, derechos humanos, derecho consuetudinario, la paz y desarrollo, las políticas sociales culturales. Y con una destacada presencia académica en México, Centro América, Brasil, Bolivia, Argentina, o en Francia, Suiza, Italia, Holanda, los países nórdicos, Rusia, Mongolia, el Medio Oriente, África, Asia, Estados Unidos, y numerosos etcétera, porque Rodolfo en el ejercicio de sus actividades académicas y profesionales ha sido y es un viajero constante por el mundo, en todas sus latitudes y direcciones, siempre con una incansable curiosidad científica y humana y ahora con una grave y delicada responsabilidad mundial: Relator de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos de los pueblos indígenas de todos los continentes, lo que es un reconocimiento internacional a su prestigio, experiencia y sabiduría.

II

Una aventura compartida: las culturas populares

¿Qué fue ese gran proyecto concebido por Porfirio Muñoz Ledo, entonces secretario de Educación Pública, y por Rodolfo Stavenhagen? Quizá la última utopía social de la Revolución Mexicana, heredera de aspiraciones no atendidas, en la que se diseñaron novedosos proyectos situados todavía en los marcos de la educación pública nacional y que dejó frutos prometedores. En ellos se dio la única incursión de Stavenhagen en la administración pública gubernamental. Pretensión ambiciosa que buscó demostrar que sí era posible desarrollar proyectos viables, bajo la responsabilidad del Estado Mexicano, para crear condiciones de desarrollo de sectores muy amplios no atendidos de la población

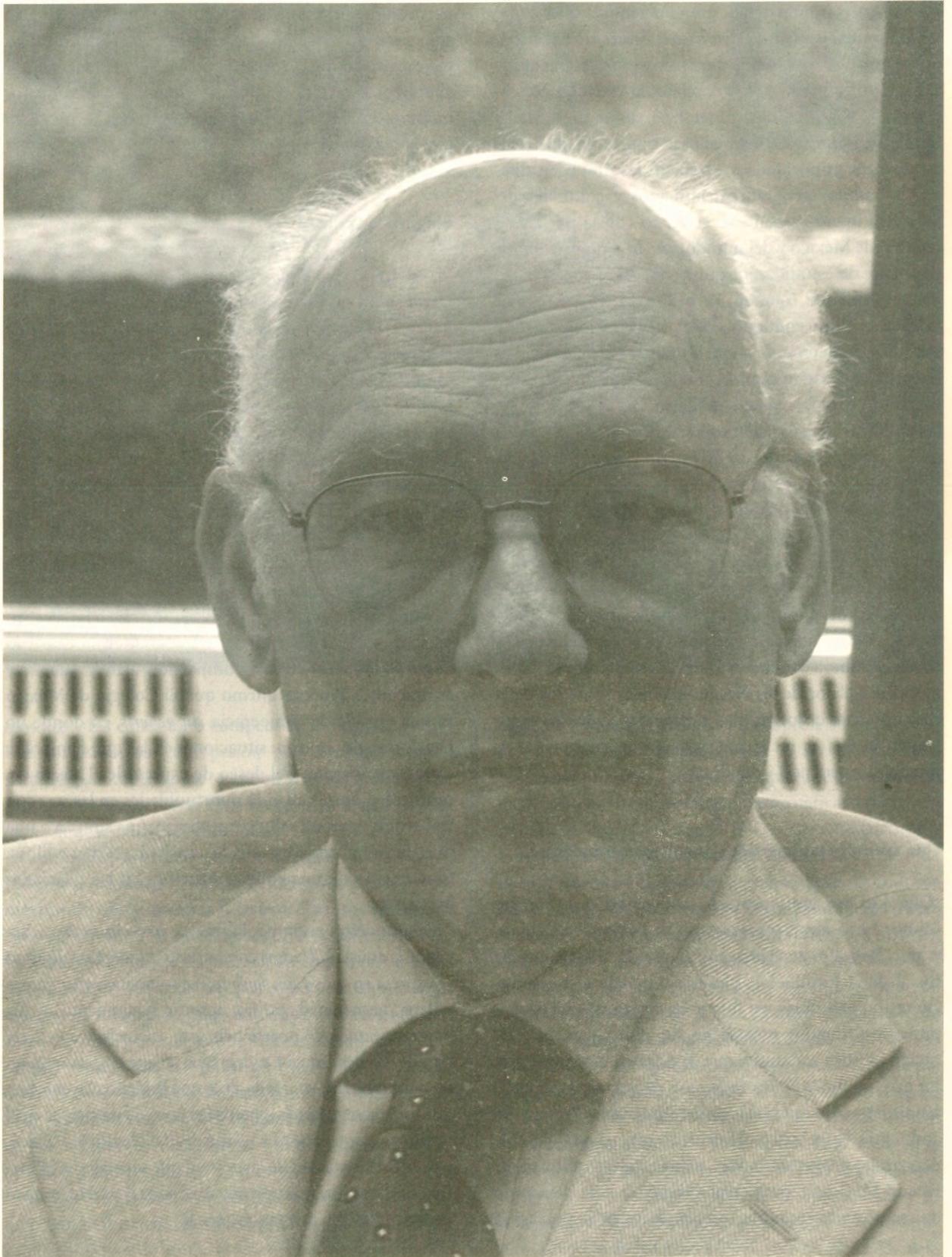
mexicana, del campo y la ciudad, no para llevar cultura, sino para reconocerla e impulsarla en sus auténticos y mejores creadores. Proyecto que felizmente logró, hasta ahora, una continuidad institucional, a pesar de los numerosos obstáculos e incomprendiones a los que tuvo que hacer frente.

III

Elogio a la amistad

En el imprescindible *Diccionario Básico del Español Usual en México*, Luis Fernando Lara anota que la *amistad* es la “Relación entre dos o más personas basada en el aprecio, la confianza, la solidaridad y el conocimiento mutuo”. Es verdad, y muestra de ello es esta reunión de la tribu *Colegio de México* en que se manifiesta la amistad y el reconocimiento a un destacado integrante, uno de los valores de la “tribu colmex”, en la que como toda agrupación humana puede haber divergencias –y no sé si alguna que otra discrepancia–, pero de ninguna manera desinterés e indiferencia, y sí reconocimiento a sus mejores hombres y mujeres, pues el alma de esta tribu se manifiesta más allá de la razón y la academia. Por eso hablo de la amistad, porque ella se da entre iguales, en relaciones recíprocas y de camaradería, en la que a lo largo de los años se han compartido afanes, sueños y aspiraciones. Por eso, afirmo que El Colegio de México es una especie de democracia *sui generis*, en donde no hay dureza de corazón: situaciones en las que siempre se extraña al ausente, y el deseo de expresarle el afecto sin protocolos, aprovechando oportunidades en las que con frecuencia basta un saludo, un abrazo, una sonrisa o una mirada, confirmando que la amistad es maravillosa, fundamento de una sólida estructura en las relaciones humanas.

Desde nuestra juventud, Rodolfo y yo tuvimos el privilegio de la amistad. Hemos compartido la vida. Esta amistad se expresa en todos sus sinónimos: compañerismo, camaradería, hermandad, cariño, aprecio, seguimiento, y que hoy renovamos compartiendo este encuentro con cada uno de ustedes, amigos todos. Bien sé que en esta reunión no tiene cabida la vanidad –de la que Rodolfo Stavenhagen está totalmente alejado–, pero sí el gozo de participar en el reconocimiento que hoy recibe de El Colegio de México, y de la manifestación de la amistad que se refleja en el rostro de los que hoy le acompañamos; lazos de afecto, respeto y solidaridad que hoy renovamos. ☺



Rodolfo Stavenhagen

Después de las palabras de quienes me antecedieron, es mi turno de hablar, pero en mi calidad de director actual del Centro de Estudios Sociológicos, centro que, como se mencionó previamente, fue fundado por Rodolfo hace 31 años, en 1973.

Recuerdo que cuando ingresé en el Centro, diez años después de la fundación del mismo, en 1983, vivía esa nueva experiencia como un gran estímulo intelectual, a la vez que como un gran reto al estar en un centro de investigación con personas por quienes sentía una gran admiración y respeto por las obras que habían producido, particularmente por varias de las escritas en aquellos años por Rodolfo Stavenhagen. Recuerdo, por ejemplo, el libro *Sociología y subdesarrollo*, obra que reunía un conjunto de ensayos que centraban muy bien la problemática de aquellos años desde la perspectiva del quehacer científico social como una labor que requería, entre otros ingredientes, el de la descolonización misma del pensamiento. Este libro se publicó en 1972, época realmente distante de la actual no sólo en años, sino en lejanía respecto a las problemáticas de entonces y de ahora ya que la producción científica social en nuestros países se encontraba todavía permeada por visiones a veces bastante ajenas a las dinámicas de los acontecimientos. De ahí que uno de los ensayos de ese libro planteara directamente esa cuestión tan delicada. Recuerdo también aquel libro *Capitalismo y campesinado* realizado bajo la dirección de Rodolfo, junto a las jóvenes investigadoras Vania Salles, Marielle Pepin y Lourdes Arizpe. Se trató de una obra colectiva resultado de un seminario de trabajo realizado en el CES que pasó a ser importante no sólo por lo que ahí se analizaba, sino también por las ventanas que dejaba abiertas para futuras investigaciones. Recordemos que en esos años

la problemática rural y campesina eran una preocupación central entre antropólogos, sociólogos y economistas.

Para los años ochenta, en que yo ingresé al CES, los intereses de Rodolfo, sin dejar los previos, se habían movido con más claridad hacia la etnicidad y los derechos indígenas, temas que, en esos años, se veían con menor importancia de la que ahora les damos. Esto lo quisiera resaltar porque, sobre todo después del levantamiento zapatista de 1994, nos pudiera parecer obvio que existiera esta preocupación por la etnicidad y los derechos indígenas como sucede ahora, pero en aquellos años se requería tener una visión de vanguardia como la que Rodolfo Stavenhagen ha mostrado en varios momentos de su trayectoria académica intelectual. Pero volviendo al momento de mi llegada al CES, recuerdo sobre todo que me llamó la atención la sencillez de Rodolfo y la posibilidad que dejaba para que uno se acercara a él; creo que ésta ha sido una cualidad más de él que complementa con humanidad su perfil como académico e intelectual.

Además de haber sido fundador del CES, apoyado decididamente con la voluntad de don Víctor Urquidí, Rodolfo fue de 1983 a 1985 Coordinador Académico General de nuestra institución para luego volver a enfascarse en los trabajos de investigación sobre conflictos étnicos y desarrollo y minorías étnicas y desarrollo. Junto a sus muchos compromisos internacionales, Rodolfo también ha mantenido una clara presencia en el CES apoyando las actividades de docencia y dirigiendo estudiantes en los trabajos de sus tesis.

Entre otros nombramientos y reconocimientos, en 2001 fue nombrado Relator especial para los derechos humanos de los pueblos indígenas, por la Organización de



las Naciones Unidas. Es también vicepresidente del Instituto Interamericano de Derechos Humanos y miembro del Consejo de la Universidad para la Paz de las Naciones Unidas. Es coordinador y miembro de la Comisión de Seguimiento y Verificación de los Acuerdos de San Andrés.

Por último, quisiera mencionar las palabras de un profesor del CES que me escribió en su momento para apoyar que Rodolfo pasara a ser profesor emérito. Repito sus palabras porque creo que expresan de manera clara y puntual algunos aspectos centrales de la trayectoria académica de Rodolfo Stavenhagen:

[...] ha contribuido en forma excepcional al conocimiento de una serie de temas fundamentales de la realidad social mexicana y latinoamericana: la reformulación de la conceptualización de las clases sociales; el estudio empírico y la reflexión teórica sobre la estructura agraria en México; la preocupación por situar a las minorías étnicas dentro del contexto social de Mesoamérica, la inquietud

por el papel del trabajo sociológico en la acción política y la crítica al análisis del proceso de desarrollo en América Latina.

La contribución de Rodolfo Stavenhagen al acervo del conocimiento sociológico en América Latina y México ha tenido y tiene resonancia internacional. La íntima relación entre la reflexión y la búsqueda de soluciones a los problemas sociales, entre la docencia y la investigación, plasma la figura de un intelectual crítico, participe de los dilemas que afectan al país.

Por esta trayectoria, y con la calidad humana que lo ha caracterizado, el Centro de Estudios Sociológicos y El Colegio de México se enorgullecen y se congratulan por la presencia de Rodolfo en nuestro centro y en nuestra institución y le agradecen a Rodolfo por la representación que de nosotros ha hecho en los ámbitos nacional e internacional. Muchas felicidades, Rodolfo Stavenhagen. ☺

Noviembre 25 de 2004

Rodolfo Stavenhagen y el Centro de Estudios Sociológicos

Palabras de Claudio Stern en la ceremonia de homenaje con motivo del nombramiento de Rodolfo Stavenhagen como profesor-investigador emérito de El Colegio de México, 25 de noviembre de 2004.

Dentro de unos meses se cumplirán cuarenta años desde que conocí a Rodolfo, cuando, al terminar la licenciatura, llegué a conversar con él sobre posibilidades de trabajo. No hacía mucho que Rodolfo había regresado de París después de haberse doctorado en Sociología con el texto que después se volvería un libro clásico para las ciencias sociales: *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, y había sido invitado a principios de 1965 por don Víctor Urquidí para colaborar en el entonces Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED) con el objeto, según tengo entendido, de contribuir a arrojar alguna luz sobre “aspectos sociales del desarrollo económico”.

Con la afabilidad y la calidez humana que lo caracterizan, Rodolfo me dijo, palabras más, palabras menos, “pues vente a trabajar conmigo; vamos a iniciar un estudio sobre la burguesía agraria en México”. Empezamos a trabajar. Me deslumbraron la capacidad analítica y la visión totalizadora de Rodolfo. La realidad agraria de México no era una sola. Los cacicazgos en las zonas indígenas eran distintos de los enclaves de las plantaciones, y éstos a su vez tenían poco que ver con las zonas nortenas de agricultura de riego. Era un mosaico de relaciones sociales diversas, pero a su vez formaban una estructura, cuyas articulaciones había que desentrañar para poder entender el papel de la burguesía agraria en el proceso de desarrollo.

Seguramente Rodolfo quedó decepcionado de la escasa contribución sustancial que hicimos para el desarrollo de su investigación en los dos o tres años siguientes, sus jóvenes colaboradores. (Para entonces ya se habían integrado al pequeño grupo de sociólogos del CEED Ricardo Cinta, José Luis Reyna, y, un poco más adelante, Manuel Villa.) Nunca pudimos —o por lo menos yo nunca pude—, abordar metodológica y empíricamente tal complejidad de rela-

ciones. Terminamos abordando cada quien aspectos parciales: la desigualdad regional; el crecimiento urbano; la estratificación social en ciudades de tamaño intermedio. Teníamos un contacto estrecho con los economistas, demógrafos y urbanistas del CEED. No había las barreras disciplinarias que tanto se han ahondado hoy en día y a las que Rodolfo siempre se opuso.

Entre 1966 y 1969, los investigadores “junior” fuimos saliendo de forma escalonada para hacer estudios de maestría y de doctorado. Rodolfo salió también un par de años para codirigir el ahora clásico estudio del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola sobre *La estructura agraria y el desarrollo agrícola en México*, y después otros tantos para trahajar en la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra.

A su regreso, a finales de 1971, ya se hablaba de una “sección de sociología” en el CEED. No sé si sería por lo pesados que éramos o por el peso relativo que habíamos adquirido frente a los demógrafos y los economistas, pero pronto se comenzó a discutir sobre la posible creación de un Centro de Estudios Sociológicos.

Fue más de un año de discusiones: Rodolfo, que un doctorado para formar investigadores; José Luis Reyna y yo (así como también Orlandina de Oliveira, quien se había incorporado en 1969), que mejor una maestría (¿cómo íbamos a formar doctores si, a excepción de Rodolfo, ninguno lo éramos!); Manuel Villa que no, que formación de investigadores, pero sin grado... Más que el consenso, fue el arte de convencer, que tan diestra y suavemente maneja Rodolfo, el que lo llevó a vencer. El Centro de Estudios Sociológicos, presidido por Rodolfo, se creó a principios de 1973 y la primera promoción de estudiantes ingresó en septiembre de dicho año.

Necesitábamos fortalecer nuestro pequeño grupo, y estábamos convencidos de que un programa cuyo objetivo principal era formar investigadores, no en abstracto, sino para conocer nuestra propia realidad social, requería de una planta multidisciplinaria. Economistas, demógrafos, historiadores, politólogos, ya había en El Colegio, pero antropólogos no. Rodolfo los incorporó. Lourdes Arizpe, Silvia Gómez Tagle, Marielle Pepin Lehaleur, entre ellos. Poco después, gracias también a las gestiones directas de Rodolfo, nos vimos enriquecidos por el exilio chileno y por otros científicos sociales del cono sur. Francisco Zapata, Hugo Zemelman y Jorge Padua entre ellos, con lo que pudimos fortalecer la visión latinoamericana que Rodolfo tanto impulsó.

El Seminario sobre la estructura social de México, coordinado por Rodolfo. ¡Qué deliciosos tiempos aquéllos! La lectura, el análisis minucioso y la discusión, no sólo entre nosotros sino con otros investigadores de El Colegio y de otras instituciones, de los importantes libros que sobre México estaban en boga: Tannenbaum, Cline, Vernon, Wilkie, Scott, González Casanova, *50 Años de Revolución Mexicana* [...]

Algunos perdíamos el rumbo tragándonos interpretaciones unilaterales o parciales, más coloreadas por el deslumbramiento de la modernización o por las fantasías de la utopía igualitaria, que por la realidad del país. Rodolfo suavemente nos mostraba el sentido que marcaba su brújula, siempre bien asentada en la tierra, en la estructura agraria, en la cultura, en la historia, en la lucha por el dominio o por salir de él, en la heterogeneidad, en el mosaico pluricultural, en el "México Profundo" que con tanto ahínco y transparencia nos hiló nuestro entrañable amigo Guillermo Bonfil.

No sé si ha sido por visiones más feudales o más modernas que las nuestras, o por simples intereses, que una meta que persiguió Rodolfo desde entonces y por la que también luchó mucho unos años después, desde la Coordinación Académica General de El Colegio, la de reunir en un solo doctorado a las diversas disciplinas sociales que se enseñan en El Colegio, nunca fructificó. Algo se ganó, sin embargo, con el bautizo del programa de enseñanza del CES como Doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología, y no como Doctorado en Sociología, gracias a lo cual mantiene un cierto carácter multidisciplinario.

Ya encaminados al doctorado surgió el conflicto que subyace hasta hoy en día al Programa del CES y que, paradójicamente, tan positivo ha sido tanto para su perma-

nencia como para su renovación constante: el balance entre la carga otorgada a la docencia y aquella orientada hacia el aprendizaje de la investigación a través de la investigación misma. Rodolfo se inclinó siempre por esta última modalidad, que recientemente ha sido reforzada con la revisión del Programa, que otorga un igual número de créditos por cursos y por el trabajo de investigación para la tesis.

No sé si ha sido por vocación, por destino, o porque el continente del Colmex resultó demasiado estrecho para el desarrollo de sus ambiciosos proyectos (seguramente en parte por cada una de estas razones), Rodolfo ha combinado siempre su participación en las actividades de esta casa con importantes cargos en otras instituciones y con proyectos de gran relevancia académica y política en temas trascendentes no sólo para nuestra sociedad, sino a nivel mundial. (Algunos de los primeros han sido mencionados por Andrés Lira en su reseña del currículo de Rodolfo. Director General de Culturas Populares de la SEP. Subdirector General de la UNESCO encargado de la División de Ciencias Sociales, Relator Especial para los Derechos Humanos de los Pueblos Indígenas de la ONU.)

Después de haber dedicado los primeros años de su carrera académica al conocimiento de la estructura agraria y del campesinado, cuestiones que estuvieron entre los temas centrales de interés del CES en la década de los años setenta y principios de los ochenta, Rodolfo ha dedicado muchos de sus esfuerzos durante los lustros más recientes a la comprensión y promoción de los derechos humanos, a los conflictos étnicos y a los derechos de los pueblos indígenas, temas ampliamente debatidos internacionalmente y sobre los cuales Rodolfo ha hecho importantes contribuciones, no sólo teóricas, sino también prácticas y que, gracias a su permanente participación en el Programa de Doctorado del CES, están presentes entre los temas de especialización que ofrecemos a nuestros estudiantes.

Han concluido sus estudios de doctorado diez promociones de estudiantes del CES. Permanecemos en la planta de profesores muchos de quienes hemos compartido con Rodolfo durante todos estos años la grata tarea de participar en la formación de investigadores genuinamente comprometidos con la tarea de contribuir a un mejor conocimiento de la realidad social de los países de nuestra región. El CES está por concluir la celebración de su XXX aniversario. ¡Qué mejor momento, Rodolfo, para celebrar contigo este merecido nombramiento!

Muchas felicidades, a nombre propio y de todos mis colegas del CES. ☺

Palabras pronunciadas en ocasión de recibir el nombramiento de Profesor Emérito

La primera vez que El Colegio de México me pareció algo más que el nombre de una respetada institución académica, fue en 1961 cuando vivía en la Casa de México en la Ciudad Universitaria de París, donde trataba de hacer méritos académicos para obtener un doctorado en sociología en la Sorbona (conocida también en nuestro medio como La Sorbona, pero como no era aún la época de los videos no se podía comprobar tan malévolamente la insinuación). Me hablaba de El Colegio el entonces joven Rafael Segovia, quien me aconsejó que a mi regreso a México viera la posibilidad de conseguir chamba en el Colmex, sugerencia que seguí, pero no de inmediato.

Durante los tres años que pasé en París trabajé en una tesis bajo la dirección del antropólogo Georges Balandier, especialista en temas africanos, quien me ayudó a descubrir la problemática de aquel continente, entonces en plena ebullición libertaria. En sus aulas conocí a numerosos estudiantes africanos como de otros países del Tercer Mundo, término que por cierto el propio Balandier había popularizado en algunas obras. Me hice entonces, como muchos de mis compañeros, tercermundista. Leíamos a Franz Fanon, Amílcar Cabral, y otras luminarias del pensamiento anticolonialista y discutíamos hasta la madrugada acerca de la estrategia revolucionaria, del papel de la burguesía nacional, los campesinos, la clase obrera, y el modelo chino. También resultó estimulante el encuentro con numerosos estudiantes latinoamericanos, todos entusiasmados por la victoria de la revolución cubana, cuyos objetivos, apropiados por el nuevo marxismo que estaba entonces en boga en los cafés de París, serían pronto llevados a lo largo y ancho del continente americano.

Yo había hecho mi carrera en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y había pasado algunos años como “antropólogo aplicado” (así nos llamaban, aunque no éramos tan aplicados) en el Instituto Nacional Indigenista y en la Comisión del Papaloapan. A nuestro grupo de estudiantes, que incluía a Leonel Durán y Guillermo Bonfil, nos decían socarronamente “los chicos del cambio” porque en vez de la etnografía tradicional que nos enseñaban algunos de nuestros maestros nos interesaba conocer los procesos dinámicos y, según la orientación marxista en boga, las contradicciones estructurales, y porque el INI, del cual éramos becados, promovía el cambio en las comunidades indígenas bajo la batuta de Alfonso Caso y Gonzalo Aguirre Beltrán.

Con los inolvidables maestros Ricardo e Isabel Pozas y Alejandro Marroquín, me inicié en el trabajo de campo en los Altos de Chiapas y en la región mazateca de Oaxaca. En el Papaloapan, bajo la supervisión primero de Alfonso Villa Rojas y luego de Fernando Cámara Barbachano, participé en el reacomodo de algunos poblados indígenas por la construcción de la Presa Miguel Alemán y luego pasé un año como encargado de un nuevo pueblo de reacomodo en el sur de Veracruz, en donde tuve, a los 23 años, mi primera experiencia de la burocracia gubernamental así como de las realidades políticas, sociales y económicas del México rural e indígena. Por eso cuando llegué a París ya había presenciado otras y auténticas sorbornas. Esa experiencia fue para mí fundamental, un verdadero viaje de descubrimiento, en donde aprendí, entre otras cosas, que incluso las políticas gubernamentales mejor intencionadas podían vulnerar la dignidad de las personas y las culturas. Me inicié en el tema de los derechos humanos desde la perspectiva de las víctimas.



Opté, en vez de terminar mis días y mis ideas en la burocracia indigenista, por terminar mi carrera en la ENAH y buscar la oportunidad de estudiar un posgrado. Volví pues al Distrito Federal y gracias al apoyo de Horacio Labastida (quien había sido mi primer maestro de sociología en la Escuela Nacional de Economía en la UNAM, carrera que inicié, pero nunca terminé), comencé a dar clases en la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales en el viejo edificio de Mascarones en la Ribera de San Cosme. Labastida me nombró su ayudante y al poco tiempo me dejó la clase de Sociología de la Familia, desafío inesperado, pero definitorio para mí. Entre mis brillantes estudiantes me encontré a Raúl Benítez Zenteno, con quien me une desde entonces una larga amistad. Cuando se presentó la oportunidad de solicitar una beca del gobierno de Francia para hacer un doctorado por allá, otro de mis admirados maestros, entonces director de Ciencias Políticas, Pablo González Casanova, me dio todo su apoyo, y con él también me unen, desde entonces, lazos de amistad que he apreciado y disfrutado desde hace medio siglo.

Decía que no aproveché de inmediato la sugerencia de Rafael Segovia, porque se me presentó la oportunidad, nuevamente por intermedio de Pablo González Casanova,

de trabajar en el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, en Rio de Janeiro, en donde pasé tres años y descubrí no sólo el Brasil en su magnífica majestuosidad y sus profundos contrastes sociales y económicos, sino también tuve oportunidad de conocer otros países latinoamericanos y tratar algunos de sus más acuciosos estudiosos y conocedores como Florestan Fernandes, Gino Germani, Manuel Diégues, Fernando Henrique Cardoso, Roberto Cardoso de Oliveira, Octavio Ianni, Raúl Prebisch, Ricardo Lagos, José Matos Mar, Camilo Torres –quien moriría en las guerrillas colombianas– y Celso Furtado (quien acaba de fallecer hace unos días en Brasil). En Chile conocí a José Medina Echevarría, quien había fundado, años atrás, el primer Centro de Estudios Sociales en El Colegio de México. En Brasil vibraban las Ligas Camponesas de Francisco Juliao, quien tuvo que refugiarse con muchos otros en México cuando en 1964 se produjo el golpe militar que derrumbó al régimen democrático e inauguró, bajo auspicios del Pentágono, una era de dictaduras sangrientas en el continente. Opté por volver a México.

Recordé aquella plática en París y me presenté con Daniel Cosío Villegas, presidente de El Colegio, quien me mandó con Víctor Urquidi, quien estaba organizando un programa de investigación sobre el desarrollo económico en El Colegio. Al poco tiempo, Urquidi me invitó a formar un grupo para realizar estudios sobre los aspectos sociales del desarrollo económico en México. Recordé a algunos de mis alumnos de Ciencias Políticas y comenzamos a trabajar con Claudio Stern, José Luis Reyna, Ricardo Cinta, Manuel Villa, equipo al que pronto se unió Orlandina de Oliveira entre otros. Predominaba el paradigma de la “sociología del desarrollo,” y con mis compañeros nos hicimos primero desarrollistas y luego, cada vez más, críticos del desarrollismo, tema escurridizo sin duda, y ahora sé que nuestro equipo debió haberse llamado más bien “estudios sobre el desarrollo del subdesarrollo,” para seguir la nomenclatura inventada por André Gunder Frank con quien también hice amistad por aquellos años. A esa nueva área de estudio en El Colegio, que pronto creció bajo el liderazgo intelectual de Víctor Urquidi, se sumaron Gustavo Cabrera, Luis Unikel, y temporalmente, Eliseo Mendoza, Clara Jusidman y otros. Por algún tiempo me uní a un equipo, con Sergio Reyes Osorio, en el cual hizo una amplia y ambiciosa investigación sobre la estructura agraria y el desarrollo agrícola en México, tema que me ha seguido apasionando hasta ahora. El estudio mereció un premio especial de economía de Banamex en 1970.

En 1965 publiqué en el periódico *El Día* un ensayo llamado “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, que ha corrido con alguna suerte, porque se sigue publicando en antologías por allí y por allá incluso, lo cual siempre es honroso para un autor, en ediciones pirata. Alguna vez me he encontrado con un viejito que decía haber leído ese texto en su juventud, y quien me preguntaba, incrédulo, si mi papá todavía seguía escribiendo. En otra ocasión me contaron unos estudiantes que cuando los ponían a leer ese texto se preguntaban: “cómo diablos Stavenhagen pudo obtener un doctorado con siete tesis equivocadas”.

Hace 40 años, que estoy vinculado con El Colegio de Mexico, y aunque no han sido años continuos debido a diversas interrupciones temporales, el vínculo se fue consolidando y siempre he considerado El Colegio como mi verdadero “alma mater” en México, el “nido” como lo llamaba Luis González y González, al que uno vuelve una y otra vez, aunque se es, como me ha tocado ser en ocasiones, una golondrina viajera.

El equipo que formamos maduró y se consolidó, con el apoyo irrestricto y entusiasta de Victor Urquidi, quien insistió siempre, ahora como presidente de El Colegio, en la importancia de los estudios sociales. A principios de los años setenta, cuando me encontraba yo trabajando por algún tiempo en el Instituto de Estudios Laborales de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, me buscó nuevamente y me propuso que formáramos un Centro de Estudios Sociológicos. Recuerdo que hicimos juntos una visita a la Fundación Volkswagen en Alemania para solicitar fondos para el proyecto. Si bien creo que no se consiguieron esos apoyos en ese momento, nos fuimos a disfrutar una ópera —creo que de Mozart— y cenamos y bebimos un buen vino del Rhin.

En 1973, después de meses de preparación, se creó el Centro de Estudios Sociológicos con su vertiente de docencia e investigación. Treinta años se dice fácil, pero para los que estuvimos desde el principio representa buena parte de nuestra vida de adultos y eso deja su marca, tanto en uno como en la institución, me imagino. Fue la época del golpe militar en Chile y Víctor Urquidi acogió de inmediato la idea de ofrecer espacio en el Colmex a algunos colegas chilenos en apuros. (Víctor nunca olvidó que en su origen El Colegio había sido La Casa de España en México, refugio de intelectuales españoles republicanos y demócratas.) Así llegaron al CES Francisco Zapata, María Luisa Tarrés, Hugo Zemelman y Fernando Cortés, parte de un conjunto de colegas latinoamericanos que han dado su perfil al Centro a lo largo de estos años. De Argentina vinieron

Leopoldo Ayub y Jorge Padua, de Uruguay Nelson Minello, de Brasil Vania Salles, y si no llegaron más es porque no había suficiente presupuesto. También se unieron Silvia Gómez Tagle, Viviane Brachet, y, por algún tiempo, Lourdes Arizpe, Roberto Salazar, Catherine Ballé, y Jorge Bustamante, antes de que se fuera a fundar El Colegio de la Frontera Norte. Desde el principio se integró al equipo del CES Elia Aguilar, cuya colaboración y participación han sido inigualables e inconmensurables y a quien quiero aquí expresar públicamente mi agradecimiento por tantos años de apoyo, de dedicación y de amistad.

Como el nuevo edificio de El Colegio en las calles de Guanajuato no alcanzaba, tuvimos que acondicionar un piso primero al otro lado de la calle y luego a la vuelta en la de Zacatecas. Piso que, por cierto, fue aplastado totalmente en el gran temblor de 1985, cuando felizmente ya estábamos bien instalados aquí en el Pedregal. Lo mejor de aquel barrio en la Colonia Roma fueron, sin duda, las cantinas de la avenida Álvaro Obregón, aunque también había alguna que otra librería de viejo.

Creo que fue emocionante para todos nosotros la constitución de la primera generación de doctorado en ciencias sociales, y le echamos muchas ganas en verdad, pero aún más emocionante fue cuando comenzaron a graduarse los primeros egresados. Eso ya no me tocó como director del CES, sino a quienes me siguieron en el cargo: José Luis Reyna, Claudio Stern, Orlandina de Oliveira, Francisco Zapata y ahora Gustavo Verduzco.

Las investigaciones sobre la realidad mexicana y latinoamericana se ampliaron, extendiéndose al campo de las migraciones, el empleo, las relaciones laborales, los problemas agrarios, las desigualdades regionales, la educación, el militarismo, la democracia y el autoritarismo, los conflictos étnicos, la salud reproductiva, la burocracia y las políticas del Estado. El desarrollismo quedó atrás y ahora nos pusimos a buscar y analizar a los actores sociales: las mujeres, los estudiantes, los obreros, los empresarios, los indígenas y los migrantes. Un tema que desde su fundación agitaba las discusiones entre los profesores del CES ha sido el de la naturaleza de un curso de doctorado en ciencias sociales. ¿Debería ser un programa anclado en la investigación o más docente, enraizado en el conocimiento de los clásicos y de la teoría? Creo que en los últimos 30 años nos hemos tambaleado regularmente, como péndulo, entre una y otra opción, sin haber dado una respuesta definitiva a la cuestión.

En 1977 me ausenté de El Colegio una vez más, ahora para explorar la posibilidad de si desde el gobierno era

En la explanada de El Colegio... noticias y actividades

Desayuno de egresados de El Colegio de México

Junio 25 de 2005

El pasado sábado 25 de junio del presente año, en la Explanada de El Colegio, tuvimos el agrado de recibir a nuestros ex alumnos en el primer desayuno institucional para egresados de todos los centros y todas las generaciones.

Contamos con la asistencia de ex alumnos de las primeras generaciones, así como de egresados de generaciones más recientes de El Colegio. Nos acompañó, por ejemplo, la Dra. Sol Arguedas egresada de la segunda generación de historia (1943-1946), así como ex alumnos que hoy residen en Puebla, Jalapa y Monterrey, así como en Brasil, Estados Unidos, Japón e Irán y que forman parte de instituciones académicas, de los sectores público y privado.

El Dr. Lira dirigió unas palabras de bienvenida y hubo rifas, concursos y anécdotas de los egresados. El objetivo central de estas actividades es abrir espacios de convivencia y fortalecer las redes entre egresados y El Colegio, por lo que los invitamos a acercarse a la Coordinación de Relaciones con Egresados con Lina Gryj (lgryj@colmex.mx) o al teléfono 5449 3000, ext. 2127.

¡Muchas gracias por su participación y siéntanse bienvenidos a éste su Colegio!



Sol Arguedas, segunda generación de historia y el Dr. Andrés Lira



Egresados del CEDUA



Egresados del CEH y del CELL



Egresados del CEE



Egresados del CEI



Recibiendo uno de los regalos

Avances Campaña Anual Colmex, 2004-2005

■ ■ ■ Sigue el Camino de las Letras ■ ■ ■

**Sigue
el camino
de las
letras**

Campaña Financiera
para el mejoramiento de
la Biblioteca Daniel Cosío Villegas

¡HAZ TUYO UN PEDAZO DEL CAMINO!

Campaña Anual Colmex
2004 - 2005

Una *Campaña Anual* es una estrategia desarrollada por el *Fondo Patrimonial en Beneficio de El Colegio de México* que busca reunir fondos para apoyar proyectos de mantenimiento y modernización de las instalaciones de El Colegio. Tienen como objetivo involucrar a todos aquellos que forman parte de la comunidad de El Colegio para que apoyen un proyecto específico.

La *Campaña Anual Colmex, 2004-2005* es la segunda campaña diseñada por el Fondo Patrimonial y está enfocada al mejoramiento de las instalaciones de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas, por medio de:

- la renovación de los 6 300 m² de piso, y
- la instalación de una red inalámbrica en los tres niveles que conforman la biblioteca.

La *meta* de la Campaña Anual Colmex, 2004-2005 es de 2.5 millones de pesos y los trabajos de renovación comenzarán a mediados de este año.

Al igual que la campaña anterior, se cuenta con el compromiso del Fondo Patrimonial de aportar un peso por cada peso recaudado.

A la fecha tenemos los siguientes resultados:

Recursos comprometidos*	Aportación Fondo Patrimonial	Total de recursos comprometidos	Total de recursos captados**
\$1 140 000.00	\$1 140 000.00	\$2 280 000.00	\$1 070 000.00

*Cantidad que los donantes prometieron y se van recibiendo en diferentes fechas.

**Donativos que ya están en el Fondo Patrimonial sin contar la aportación del Fondo.

En esta ocasión se envió un folleto informativo de la campaña a toda la comunidad interna de El Colegio, así como a todos los egresados. Asimismo, los miembros del Fondo Patrimonial se acercaron a empresas privadas para invitarlas a participar.

Sin tomar en cuenta las aportaciones del Fondo Patrimonial, ni a éste como un donante, la participación en la Campaña Anual Colmex, 2004-2005 es como sigue:

Del total de donantes a la campaña 61% son internos de El Colegio, 31% son egresados no internos del Colmex y 8% son empresas y fundaciones.

En relación con el total de los recursos recaudados, 82% fue donado por empresas y fundaciones, 13% por personal administrativo y académico de El Colegio y 5% por los egresados.

Si ya participaste en esta campaña, queremos agradecer tu apoyo. Si aún no lo has hecho te recordamos lo importante que es para El Colegio contar con tu colaboración.

Tu donativo es deducible de impuestos y lo puedes realizar periódicamente o en un solo pago por medio de:

- Cheque Depósito bancario Transferencia bancaria Tarjeta de débito o crédito
 Descuento por nómina (para empleados de El Colegio)

Mayores informes 52(55) 5449 3000, ext. 2127 y 52(55) 5449 2938,
Dirección de Desarrollo Patrimonial, El Colegio de México,
campana.anual@colmex.mx

Dirección de Desarrollo Patrimonial
El Colegio de México
Annette Candanedo
Tel.: 5449-2938
acandanedo@colmex.mx



posible fomentar una política en apoyo de las culturas populares, desafío que compartí con Leonel Durán y otros. Después de un cuarto de siglo de perspectiva no estoy tan seguro de ello, pero la Dirección General de Culturas Populares sigue tan campante y yo me fui a hacer otras cosas, esta vez, en 1979, para asumir un cargo en la UNESCO, en donde tuve oportunidad de promover actividades en ciencias sociales a nivel mundial, después de haberlo hecho también a nivel latinoamericano a través de mi vinculación, durante muchos años, con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Pero si la burocracia nacional me sacaba ronchas, la internacional me dio alergia general.

Después de tres años volví al nido, siempre recibido con afabilidad y generosidad por Víctor Urquidí, quien me invitó a ser coordinador general académico de la institución durante los últimos años de su presidencia. También me tocó impulsar nuevos proyectos en el Colmex, que no siempre fue fácil porque había resistencias, como en todas las instituciones. Se sacó adelante la creación del Programa Interdisciplinario de Estudios de

la Mujer (PIEM), aunque hubo quien considerara esto como poco serio en una institución tan respetable como el Colmex. También recuerdo que cuando se planteó la posibilidad de instalar algunas computadoras en un nuevo centro de cómputo, algunos colegas le veían poca utilidad, arguyendo que podían seguir enviando sus tarjetas perforadas para procesamiento a la Secretaría de Obras Públicas en donde nos hacían el trabajo gratis.

De vuelta en el CES —que había ampliado su planta de profesores, graduado más doctores, lanzado numerosas publicaciones— me interné en mi más reciente (con intención no digo mi última) aventura intelectual y también, por qué no decirlo, espiritual y personal. Me refiero al campo de los derechos humanos, periplo en el cual me ha acompañado, entre otros, Sergio Aguayo. Fundamos en 1983 la Academia Mexicana de Derechos Humanos que acaba de celebrar sus primeros veinte años, la primera organización de su tipo en México, y cuyo ejemplo ha inspirado a muchas otras y, por qué no reconocerlo, ha contribuido a cambiar el discurso político en el país y a abrir nuevos espacios de acción para la sociedad civil, como por ejemplo los pueblos indígenas que son foco de mis actividades profesionales y académicas, y de mi compromiso ético, desde hace muchas décadas.

Llego a esta ceremonia y recibo el honroso nombramiento de Profesor Emérito de El Colegio de México encontrándome, felizmente, en plena y bulliosa actividad y con muchos proyectos por delante. Agradezco sinceramente y con profunda emoción, a mis colegas y a las autoridades de El Colegio este reconocimiento. No se me escapa el significado simbólico que el año en que fue creado El Colegio —1940— es el mismo en que llegué a México con mi familia, como refugiado de la Alemania Nazi para comenzar una nueva vida. Debo esta posibilidad, becha realidad, a la generosidad del pueblo mexicano, con el cual siento una profunda deuda que he intentado saldar, de alguna manera, a través de mi actividad profesional y mi compromiso social. Aquí he echado raíces —y están aquí mi esposa Elia y mis hijos y nietos para atestiguarlo, a quienes siempre agradeceré su amor y su comprensión. La mayor parte de mi vida ha estado entrelazada con la vida institucional de El Colegio de México. Los invito a brindar conmigo por esta gran y ejemplar institución. ☺

El poeta como revisor. Notas para la relectura de Pasado en claro

I

Octavio Paz tenía sesenta años de edad cuando escribió el poema extenso que originalmente se titularía —según anuncia a su amigo y editor Pere Gimferrer— *Tiempo adentro*¹ y que terminaría llamándose *Pasado en claro*, acaso haciendo eco al libro autobiográfico de José Moreno Villa: *Vida en claro*.

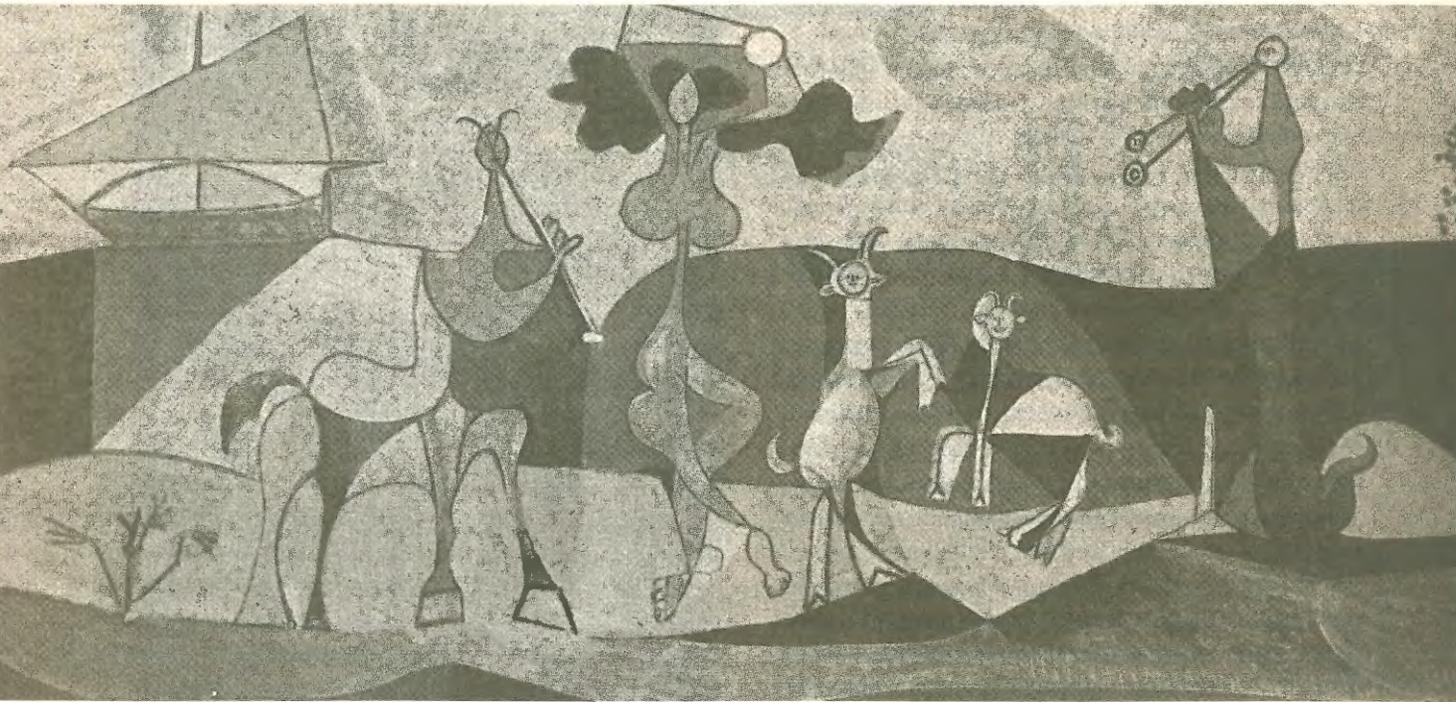
Paz había empezado a publicar desde muy joven en 1931 y 1932 poemas en diarios y revistas y en 1933 un breve libro: *Luna silvestre*. Ya en 1942 hace una recopilación: *A la orilla del mundo* donde reúne algunos de esos y otros papeles, cuadernos o folletos. Como se sabe, en 1949 publicaba un tomo espigado que se titula *Libertad bajo palabra* y que reúne parte de la producción anterior. Paz —señala Enrico Mario Santí, uno de sus más rigurosos lectores— se iba desprendiendo de su prehistoria poética intentando ajustarla a las exigencias y mandatos del poeta que llevaba dentro de sí, disolviendo, por ejemplo, las tendencias del modernismo tardío para realzar los perfiles de una poética de la soledad y la intemperie. Pero en 1960 se publica otra y la misma *Libertad bajo palabra* que reúne, revisándolos y a veces omitiéndolos, los poemas escritos entre 1935 y 1957. En 1968 aparecerá la tercera *Libertad bajo palabra*

¹ Según consta en el archivo entregado por Octavio Paz a la editorial Fondo de Cultura Económica en 1975. Con fecha 20 de abril de ese año el autor envió una carta manuscrita a Jaime García Terrés, la cual dice: “Querido Jaime: Mi intención era entregarte personalmente el poema pero no fue posible — salimos ahora mismo, por unos días, a Cuernavaca. Te llamaré por teléfono desde allá. Ya me dirás qué te pareció [...] Una duda: hay varias citas, más o menos textuales, en el pasaje de los libros y en otros. ¿Crees que deben insertarse unas cuantas notas? Yo no lo juzgo necesario pero [...] tú dirás. Un abrazo. Octavio”.

donde, como él mismo advierte en el texto “Preliminar” al tomo XI de sus *Obras completas*, siguió corrigiendo y adelgazando: “modifiqué muchos poemas y suprimí más de cuarenta”. Habría previsiblemente una cuarta vez en la que —dice el poeta— “indulté a once de los condenados [...] con la misma dudosa justicia”. Esta mínima recapitulación editorial va para llamar la atención sobre “el poeta como revisor”, una fórmula que los editores modernos de William Wordsworth —el autor del epígrafe de *Pasado en claro*— utilizaron para titular el epílogo a la edición moderna de ese poema autobiográfico; *The Prelude*,² poema, por cierto, del cual existen por lo menos cuatro versiones. El romántico inglés inauguró con su poema extenso un género que aclimatará en español Octavio Paz, como ha señalado el crítico anglo-mexicano Anthony Stanton: el de una autobiografía del artista más que del hombre, el de una “alegoría subjetiva que daba cuenta del origen y la formación poética del poeta”.³ Después de *Libertad bajo palabra*, o paralelamente, Paz seguiría publicando —es decir ensanchando su taller de aprendizajes e imitaciones— nuevos libros de versos, poemas y traducciones. Entre las traducciones citemos: *Sendas de Oku* (1970), *Cuatro poetas suecos*, las traducciones de Fernando

² William Wordsworth, *The Prelude. The Four Texts (1798, 1799, 1805, 1850)*, editado por Jonathan Wordsworth, Penguin Books, Londres, 1995. Hay traducción al español: *El preludio* en catorce libros, 1850, edición y traducción de Bel Atrides, DVD Ediciones, Barcelona, 2003, 635 pp.

³ Anthony Stanton: “Vida, memoria y escritura en *Pasado en claro*” en *Tradición y actualidad en la literatura iberoamericana*, Acta del XXX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, dirigido por Pamela Bacarisse, University of Pittsburg, Pensilvania, 1994, tomo I.



Pessoa y sus heterónimos, de poetas chinos y japoneses, la poesía sánscrita de la India clásica, así como algunos poemas de la *Antología griega*.

Paz en 1975 recogería parcialmente sus traducciones en *Versiones y diversiones*, pero antes y después seguiría publicando libros propios de poesía. Entre los libros de poemas, recuérdense *Salamandra*, *Ladera este*, *Topoemas*, *El mono gramático*, *Pasado en claro*, *Vuelta*. Su último libro de poemas sería *Árbol adentro*. A lo largo de esta obra poética y lírica, para no hablar de esas obras inclasificables como podría ser *Renga* (poema escrito a ocho manos por Charles Tomlinson, Edoardo Sanguinetti, Jacques Rouboud y el propio Octavio Paz), se observa, sea cual sea el juicio del gusto (y el gusto decía el Dr. Johnson *no depende de la voluntad*), un entusiasmo infatigable por la aventura de la escritura poética, y una vivacidad sorprendente en la prontitud con que el poeta va asimilando las lecciones poéticas y críticas que se desprenden de su propio oficio, de sus lecturas siempre hechas por así decir al filo del agua quemada y en piel viva.

II

Al escribir a los sesenta años *Pasado en claro*, el poeta está en posibilidad de volver a visitar algunos lugares y personajes poéticos que alimentaron su obra en distintos momen-

tos. Se trata de una visita más serena aunque no menos apasionada; en esa segunda vuelta, emprende una revisión vívida y vital donde los ojos, antes quizá empañados por la emoción, pueden abrirse con transparente serenidad. Escrito después de la experiencia en la India y luego de haber compartido felizmente casi una década con Marie José Paz, con quien contraería matrimonio en 1966, *Pasado en claro* se da, se le da —no hay otra expresión— como una experiencia lírica donde el poeta-trovador puede volver sobre el cuerpo roto de su propio pasado e intentar comprenderlo, o, dicho en sus propios términos, abrazarlo. Aunque el poema lo escribió el mismo hombre, como no se escribe impunemente, por ejemplo *El mono gramático*, cabe decir que no se pueden leer desde el mismo ángulo moral y estético los diversos poemas de índole autobiográfica escritos por Paz —como insisten inútilmente algunos críticos— como si, por decirlo abruptamente, el poeta estuviese condenado a dar vueltas sobre sí sin posibilidad alguna de evolución o redención. Pienso por esto que *Pasado en claro* representa limpiamente al Octavio Paz más próximo a la melancolía de Saturno que al ímpetu guerrero del que sólo ve las armas del verano o las silvestres y lunares calamidades y milagros, para jugar con sus títulos. *Pasado en claro* sigue siendo un poema habitado por dioses, pero éstos son dioses taciturnos, cuando no melancólicos, dioses que vienen de vuelta.

Pasado en claro “se terminó de imprimir el día 20 de septiembre de 1975 en los talleres de Imprenta Madero, S.A., Avena 102, México, 13, D.F. La edición estuvo al cuidado de Adolfo Castañón y Ana María Cama”. El libro se hizo según un “diseño de Vicente Rojo”. La primera estampa correspondió a una “Edición especial de 500 ejemplares numerados y firmados por su autor” —subrayémoslo— con una escritura clara y abierta, acaso similar a la de Manuel Gutiérrez Nájera, quien le dedicó a una tía de Paz un poema, según recuerda éste. El ejemplar que tengo ante mis ojos es el número 5. La obra está impresa en papel Ingres Fabriano color cremado para las 32 páginas de texto que figura en una sola cara; se presenta en una caja color café tierra y dos portadas o guardas del mismo color tierra en papel Ingres Cover. La primera edición especial se imprimió en hojas de 22.8 cm por 31.4 cm. Los folios se ubicaban en la parte inferior izquierda de la hoja, y los separaba del texto una pleca de 18 cm que señalaba el ancho de la caja que tenía 25 cm de alto. No cabe duda de que, desde el punto de vista tipográfico, existe un parentesco editorial y de diseño entre *Blanco* —compleja obra editorial también concebida por Vicente Rojo— y *Pasado en claro*, y si bien el primero resulta uno de los poemas más ambiciosos en términos técnicos y formales, como han señalado el propio Octavio Paz, Anthony Stanton y Enrico Mario Santí, éste es uno de los más profundos y memorables dentro de la extensa obra del autor y, según ha apuntado José Miguel Oviedo, uno de los más consistentes.

Pasado en claro fue escrito entre México y Cambridge, Massachussets “del 8 de septiembre al 27 de diciembre de 1974”, cuando el poeta tenía 60 años y seis meses de edad. Hacía seis años que habían sucedido los episodios sangrientos de 1968 que lo habían llevado a renunciar a la embajada en la India. En 1970 se había publicado *El mono gramático*, a ojos de algunos una de sus obras maestras. La primera edición de este libro se publicó en francés, y para algunos otros todavía cabe la pregunta de si no habría algunos tramos del mismo texto escritos por el autor directamente en francés, pues el libro se editó por primera vez en esa lengua en la colección “Sentiers de la Création”, dirigida por Albert Skira. Dos años atrás había concluido (en junio de 1972) *Los hijos del limo* donde había pensado responder algunas de las preguntas (“¿Qué dicen los poemas? ¿Cómo se comunican los poemas?”) que se había planteado quince años antes al escribir el libro-manifiesto titulado *El arco y la lira* (1956). La revista *Plural* —auspiciada por el periódico *Excelsior* de Julio Scherer— se había fundado en el año de 1971 y Octavio Paz iba y venía entre



Cambridge, Massachussets donde ya había impartido varios cursos (sobre la traducción y sobre sor Juana Inés de la Cruz) y donde había ocupado la Cátedra Charles Eliot Norton. *Pasado en claro* no era el primer poema extenso que daba a la luz: antes había publicado su primer libro que era un poema extenso: *Raíz del hombre*, en 1957 había publicado *Piedra de sol, Homenaje y profanaciones* en 1960 y luego *Blanco* en 1967 y *El mono gramático* en 1970.

III

Ese poema —*Pasado en claro*— que consta de 602 versos tampoco era el primero de corte autobiográfico que escribía. En su juventud había publicado “Elegía interrumpida” (1947) donde aparecen los cinco miembros de aquella familia mexicana: 1) el padre Octavio Paz Solórzano (1883-1936); 2) la madre Josefina Lozano de Paz; 3) el abuelo Ireneo Paz (1836-1924); 4) la tía Amalia Paz Solórzano, y 5) el propio Octavio Paz Lozano. De hecho, a lo largo de su obra había ido dejando sembrados versos y poemas alusivos a su inicial paisaje familiar como “Cuento de dos jardines” o “Canción mexicana” en “Intermitencias del Oeste (2)” en *Ladera este* (1968). El poema, de hecho, forma parte de una constelación de versos autobiográficos escrito en el relente del retorno a México: “*Nocturno de San Ildefonso*”, “*Ciudad*



de México”, “A la mitad de esta frase”, “Petrificada petrificante” son los otros cuatro poemas hermanos de *Pasado en claro*. *Pasado en claro* tampoco sería en rigor el último texto de autobiográfica índole: particularmente en *Itinerario* (19943) y en algunos de los otros prólogos a sus obras completas, como por ejemplo, en el que acompaña al tomo de *Privilegios de la vista* dedicado a México en la conferencia escrita para recibir el Premio Nobel se repasarían algunos de los espacios y figuras que aparecen en *Pasado en claro*. También en algunos poemas finales como en *Estrofas para un jardín* volverían a aflorar algunos de aquellos momentos y espacios. Pero, de hecho, la producción poética de Octavio Paz a partir de *Vuelta* y de *Nocturno de San Ildefonso* se verá atraída por el misterio del pacto autobiográfico que va recorriendo de ida y de vuelta, tejiendo y destejiendo el camino que va del documento al monumento, del testimonio a la obra, del agonista al protagonista, del poeta al poema. En fin, en 1990 en la “Conferencia Nobel” titulada “La búsqueda del presente” volvería a tocar con la pluma ese lugar del canto originario que fue para él el jardín de la casa del abuelo en Mixcoac. Lo evoca así: “[...] Como todos los niños, construí puentes imaginarios y afectivos que me unían al mundo y a los otros. Vivía en un pueblo de las afueras de la

ciudad de México, en una vieja casa ruïnosa con un jardín selvático y una gran habitación llena de libros. Primeros juegos, primeros aprendizajes. El jardín se convirtió en el centro del mundo y la biblioteca en caverna encantada. Leía y jugaba con mis primos y compañeros de escuela. Había una higuera, templo vegetal, cuatro pinos, tres fresnos, un huele-de-noche, un granado, herbazales, plantas espinosas que producían rozaduras moradas. Muros de adobe. El tiempo era elástico; el espacio, giratorio. Mejor dicho: todos los tiempos, reales o imaginarios, eran *ahora mismo*; el espacio, a su vez, se transformaba sin cesar: allá era aquí; todo era aquí: un valle, una montaña, un país lejano, el patio de los vecinos. Los libros de estampas, particularmente los de historia, hojeados con avidez, nos proveían de imágenes: desiertos y selvas, palacios y cabañas, guerreros y princesas, mendigos y monarcas. Naufragamos con Simbad y con Robinson, nos batimos con D’Artagnan, tomamos Valencia con el Cid. ¡Cómo me hubiera gustado quedarme para siempre en la isla de Calipso! En verano la higuera mecía todas sus ramas verdes como si fuesen las velas de una carabela o de un barco pirata; desde su alto mástil, batido por el viento, descubrí islas y continentes —tierras que apenas pisadas se desvanecían. El mundo era ilimitado y, no obstante, siempre al alcance de la mano; el tiempo era una sustancia maleable y un presente sin fisuras”.⁴

Pasado en claro: el título conoca no pocas asociaciones. En primer lugar, evoca las fórmulas: pasar en limpio y *poner en claro* que significa disipar dudas o salvar del equívoco o la ambigüedad una determinada situación. “Pasar en claro” es “pasar en limpio”: recuérdese que el poema en cuestión fue traducido al francés como *Mis au net*. Al “pasar en limpio” los poemas previos donde daba cuenta de su entorno familiar, los elevaba como una ofrenda cordial hacia la claridad, hacia la luz, por más que, entre la edición príncipe de 1975 y la edición de 1985 que da pie a las diversas reimpresiones (se cuentan hasta seis) puedan aflorar retoques y revisiones. Poner el “pasado en claro” sugiere de inmediato el “examen de conciencia”, un proceso editorial y psicológico, ético, estético y aun político que forma parte constitutiva del itinerario lírico, teórico y crítico del poeta. Recuérdese que uno de sus primeros libros lleva en su título la inquietud —no hay otra palabra— seminal: *Raíz del hombre*. Desde luego, *Pasado en claro* se refiere a una edad remota en el tiempo:

⁴Octavio Paz, “La búsqueda del presente. (Conferencia Nobel, 1990)”.

la escena primaria y primera de ese niño que asiste de asombro en asombro a su desdoblamiento en adolescente, por virtud de la aparición de esas fuerzas que son las de la sexualidad y la muerte. También y por lo mismo, se trata de un poema narrativo, de una fluida sucesión de viñetas líricas y fábulas meditativas que van desgranando una historia modulada a veces con el acento de la canción de gesta. El asunto sujeto por el poema a lo largo de ese examen de conciencia va más allá de los episodios y encrucijadas íntimas que va recordando el poeta, la voz que madura a lo largo de sus 602 líneas recrea una casa, una “casa grande” y por ende un ambiente, un *hábitat*, un pedazo de tierra. Cabe recordar aquí que aquella primera edición especial de *Pasado en claro* iba resguardada en una caja color tierra y que aun la tinta en que estaban impresas las letras era de color sepia oscuro. *Pasado en claro*: palabras de tierra, versos vestidos del color de la tierra.

IV

Además de una “casa grande” en ruinas o de un ambiente espectral familiar, el poema ensaya restituir una raigambre, un enjambre de relaciones, proximidades y distancias que delimitarán aquella “casa de la ausencia” sembrada de invisibles árboles frutales de donde irán cayendo, unas tras otras, las semillas para uno u otro himno. Se trata de un poema narrativo varias veces histórico: histórico porque cuenta la historia del niño-adolescente que fue Paz, histórico porque cuenta al sesgo la historia de esa familia singular desde la cual es posible vislumbrar un siglo de historia de México —desde los años de la Intervención Francesa en 1862 hasta 1974, fecha en que se escribe el poema, e histórico porque el poema con sus 602 versos ha sido construido como una historia, como una elegía para llorar la muerte de un mundo o un jardín desaparecido a la manera de las *Coplas a la muerte de su padre*—según recordará el primer crítico y lector del poema: Juan García Ponce— o como una canción de gesta que refiere los combates iniciales y los primeros sacrificios de ese cautivo de la cárcel del lenguaje que desde sus primeros momentos se sabe condenado a los “trabajos forzados”, que son los —como se titula una de las secciones de *¿Águila o sol?*— “trabajos del poeta” al cual sólo podrá darse una “Libertad bajo palabra”, es decir una libertad condicional y condicionada a la observancia de las reglas que impone al poeta el pacto con la inspiración poética. Histórico, en fin, porque su sujeto elocuente es como un arqueólogo investigador que va por los corredores de la memoria a investigar cómo fue realmente ese



pasado a cuyo espejo insepulto hace años, a cuyo pozo sellado luego de muchas páginas y aventuras, siente el poeta que puede por fin, a los sesenta años, asomarse plenamente.

Poema narrativo, *Pasado en claro* cuenta una historia interrumpida: el poeta-escritor maduro se encuentra en su estudio. Hojea algún libro para concentrarse mientras la tarde cae y el sol que declina ilumina las imágenes del libro que hojea —una historia de México donde se ilustra el paisaje a través de:

[...] estampas: los volcanes, los cúes y, tendido,
manto de plumas sobre el agua,
Tenochtitlán todo empapado en sangre.

Va el poeta como un arqueólogo desenterrando las ruinas que lleva sepultadas dentro de él mismo. La laguna del México antiguo que está mirando en un libro, lo hace pensar en el “lodoso espejo” que es el “charco” de su propia memoria. El charco a su vez lo remite al pozo de la memoria y ahí, como en una “bola de cristal” adivina empiezan a aparecer imágenes y episodios vividos de la antigua casa patriarcal. Aparecen los amigos de la infancia (Ernesto y Guillermo) y los familiares —padre, madre, tía y abuelo.

Comparece el patio-jardín con su “higuera primordial, capilla vegetal de rituales”, aparecen sus revelaciones y abominaciones, sus lecturas y sus juegos que son las raíces, los cimientos de esa ciudad de palabras que es él mismo: el poeta, el árbol que habla. El tesoro que el poeta-arqueólogo desentierra de sí mismo son las lecturas: la *Iliada*, la *Odisea*, *Don Quijote*, la *Galatea*, los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós, la *Divina Comedia* son algunas de las joyas que relumbran en su interior y que, en última instancia, modelaron con su huella indeleble, junto con la familia y los paisajes, su propia identidad. El poeta se pregunta por el sentido y descubre que el sentido puede estar en la forma en que se pregunta por el sentido. El poeta descubre y recuerda que la poesía puede ser una forma de meditación, una manera de mirar el mundo desde “un estar tercero” y, mirándolo así, de salvarlo y de salvarse.

La historia de *Pasado en claro* es ante todo una ego-historia, para evocar la expresión de Georges Duby, retomada por Jean Meyer: una fábula en verso donde el poeta expone su proceso formativo inicial, pero es también una logo-historia, una logo-grafia y una logoterapia que va enumerando según el pulso de la rememoración los lugares, paisajes, figuras y personajes enredados en aquella primitiva raigambre formativa. *Pasado en claro* no sólo es un texto donde el autor practica un examen de conciencia; es también un ejercicio donde el poeta trata de sacar de lo oscuro para poner en el ámbito de la claridad aquellas voces irreconciliables entre sí a las que precisamente él ensaya conciliar y dar unidad emotiva al nombrar su discordia. La crudeza del poema se destila y se disuelve, se ensalza y matiza en acentos no exentos de ternura y afecto hacia ese cuarteto –o quinteto si se incluye al poeta-niño– que está como fijo en su propia caída, embalsamado en su inmóvil vértigo.

V

Este sacar de lo oscuro para pasar a lo claro sigue un movimiento familiar al poeta desde sus primeros versos. En el recorrido de esta “casa de la presencia” y de la ausencia aflora, para citar a Hugo J. Verani, el poema como caminata y andadura y el camino y el caminar como poema. El uso de esta figura retórica que traza líneas paralelas entre pasos y palabras no era nueva en Octavio Paz –y es de hecho un lugar real de la imaginación literaria, desde el Dante de la *Vita nuova* hasta el J. J. Rousseau de las *Rêveries d'un promeneur solitaire*. Se encuentra prácticamente desde los primeros poemas, tiene momentos

inolvidables en *Piedra de sol*, surge en *Salamandra* y en *Ladera este*, se reitera en *Nocturno de San Ildefonso*, pero antes, por así decir, estalla en *El mono gramático* donde los caminos y senderos de la creación podrían ser considerados como unos de los protagonistas –el otro, su sombra, el poeta– de ese libro. En *Pasado en claro* el personaje del poeta, en su estudio biblioteca, se va desprendiendo del presente de su biblioteca-estudio para adentrarse en un pasado que le es a la vez familiar y desconocido, a la vez herencia y *terra incognita*; camina hacia adentro de sí mismo y va rememorando aquella casa, su familia, su jardín, su pozo, la higuera que será –“¡súcubo!”– su primer amor.

Esta relación sensual, sensitiva y sinuosa con el mundo vegetal no es desde luego nueva en Octavio Paz. Tampoco es nueva la idea de la higuera como templo y capilla, novia y prometida. En *La hija de Rappacini* (1957) el jardín se dibuja como un espacio imantado y, al final, Beatriz, la hija del médico ominoso, prisionera desde su infancia del jardín envenenado se despide, ya suicida y exhalando entre las ramas: “Jardín de mi infancia, paraíso envenenado, árbol, hermano mío, hijo mío, mi único amante, ¡cúbreme, abrázame, quéname, disuelve mis huesos, disuelve mi memoria!”⁵

La fuerza que sostiene en vilo a *Pasado en claro* viene, entre otras cosas, de la fluidez con que sigue el columpio de la conversación, del habla real y directa que lleva al poeta a traer, junto con las evocaciones, más o menos espectrales, trozos de habla natural y local que irrumpen en la expresión y que, además, nos recuerdan que para Paz, la poesía es habla, habla de la otra voz:

La cabeza de muerto, mensajera
de las ánimas, la fascinante fascinada
por las camelias y la luz eléctrica,
sobre nuestras cabezas era un revoloteo
de conjuros opacos. ¡Mátala!
Gritaban las mujeres y la quemaban como bruja.
Después, con un suspiro feroz, se santiguaban.

Esa fuerza se tensa también por el arco conceptual del poema que ensaya reunir y decir, íntegra, la experiencia cabal del poeta en sus diversos momentos: niño, adolescente, observador intemporal, escritor maduro y melancólico, lector, autor sin nombre, arquitecto de palabras y silencios.☺

⁵ Octavio Paz, *La hija de Rappacini*, en *Obras completas*, tomo XI, p. 259.

Dos notas sobre Gilberto Owen en *El Tiempo de Bogotá*

Según el ministro de México en Colombia, Óscar E. Duplán, Owen se halla en Bogotá desde fines de 1932, como se lee en el informe fechado el 14 de octubre de 1933: “el señor Gilberto Owen, mexicano, se encuentra en esta capital desde fines del año pasado y trabaja actualmente en *El Tiempo* que es el principal diario de este país”.¹ No precisa, sin embargo, la fecha en que el autor de *Perseo vencido* se interna en territorio colombiano.

Como hace saber Inés Arredondo, Pablo Castillo denuncia, el 17 de septiembre de 1932, la manera fraudulenta en que Owen lleva a Guayaquil al diputado aprista Luis Alberto Sánchez, como “su secretario”; esto, aunado a sus abiertas actividades políticas, habría de costar a Owen, nuevamente, su posición,² pues hacía unos meses había sido delegado de sus funciones diplomáti-

cas en Lima, Perú.³ Aludimos a este incidente porque puede ayudar a sugerir una fecha posible de la llegada de Owen a Colombia, que debió ser a finales de septiembre o a principios de octubre de 1932 y se integró a la redacción de *El Tiempo* el 7 de octubre del mismo año, como se desprende del más personal y emotivo de los artículos que Owen publicó en este diario: “Punto de gracia”, publicado el 7 de octubre de 1933, acaso para celebrar su primer año de trabajo en Colombia y para agradecer a su benefactor, Enrique Santos, director en turno de *El Tiempo*:

Quiero, Enrique Santos, decir, con la mínima solemnidad de que me sabe dueño, que no voy ahora a empezar a llenar del “yo odioso” esta columna que me ha sido escuela trabajosa de una modestia insospechada, que sin vislumbrarme me deseaba desde siempre. Quiero también decir que al enterrar en su arena la cabeza, no pretendo inhibirme hasta lo impersonal acostumbrado—avestruz demasiado escéptico—, pero lo que de mí se queda afuera se lo entrego a una deuda personal de gratitud que yo no voy a poder pagar nunca, así me juzguen preso en el vicio actual de las moratorias hasta nunca.⁴

¹La carta de Duplán tiene la fecha del 14 de octubre de 1933 y está dirigida al secretario de Relaciones Exteriores de México, J. M. Puig Casauranc [apud José Rojas Garcidueñas, “Gilberto Owen. Notas de su vida y su obra”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 40 (1971), pp. 78-79]. Acerca de Duplán puede decirse que fue un personaje allegado a *El Tiempo*, pues además de que en este diario se registra su llegada y su salida como ministro plenipotenciario de México en Colombia (véase la edición del 29 de enero de 1933 y la del 24 de diciembre de 1934), colaboró al menos en dos ocasiones en sus páginas: “La situación actual de México”, *El Tiempo*, 16/sep./1933, p. 4 (este artículo fue reproducido nuevamente al día siguiente, porque aparece mutilado, a pesar de que se dice que “Continúa en la p. 9”) y “Cómo debe juzgarse la situación de Rusia”, *El Tiempo*, 2/ene./1934, p. 4.

²“Apuntes para una biografía”, *Revista de Bellas Artes (Homenaje nacional a los Contemporáneos)*, 3ª ép., 1982, núm. 8, p. 46.

³El 6 de abril de 1931, Gilberto Owen recibe el aviso de viajar, desde Cincinnati, a Lima, Perú, como responsable del consulado correspondiente, cuya toma de posesión no ocurre sino hasta el 27 de julio de 1931. Acusada de intervenir en asuntos internos, la legación de México en Perú se traslada a Panamá el 12 de mayo de 1932, mientras “el escribiente Gilberto Owen” fungía como encargado.

⁴Gilberto Owen, “Punto de gracia”, “Cosas del Día”, *El Tiempo*, 7/oct./1933, p. 5. Escrito en el que también menciona a quienes concuerdan con su visión americanista: Haya de la Torre, Lombardo Toledano, Benjamín Carrión, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas y Lleras Camargo, entre otros.



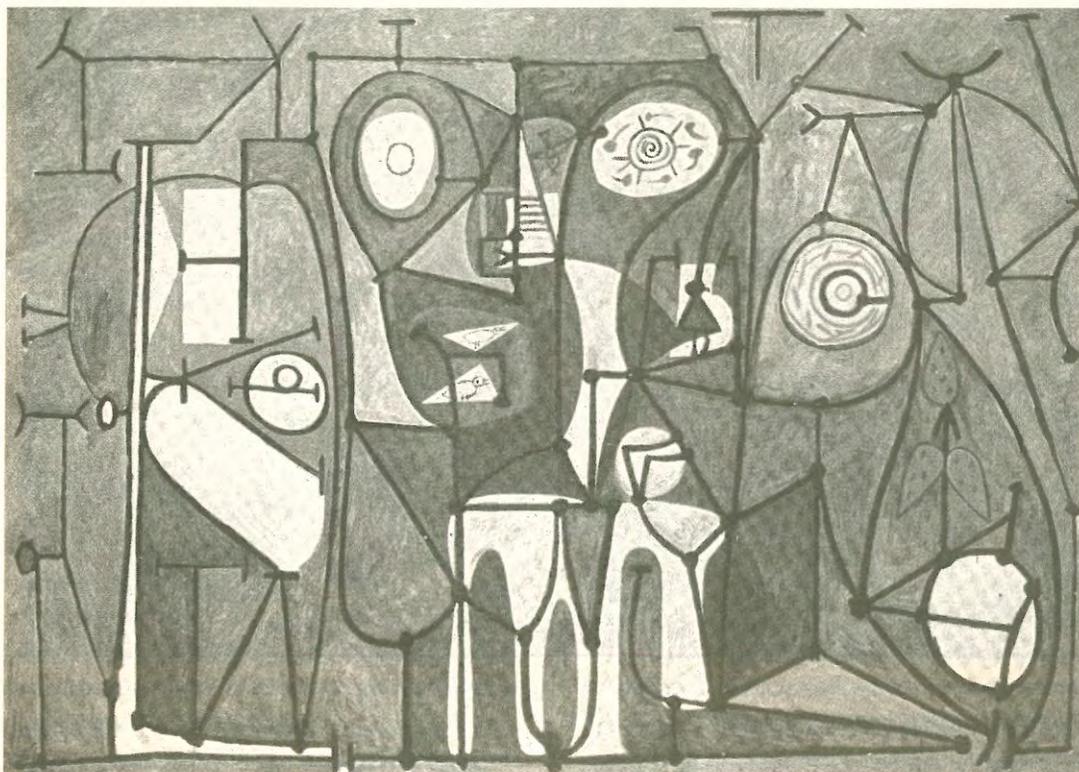
En Colombia, Owen enseña, escribe, traduce y seguramente asiste a cenáculos donde expresa sus ideales en materia de política y sociedad, además de su labor como parte de la redacción de *El Tiempo*.⁵ Owen trabaja duramente, pero también ve frutos personales y colectivos, pues tiene adeptos afines a su visión del mundo, se casa, inaugura una librería, por una parte; triunfa, a finales de los treinta, Eduardo Santos, como candidato liberal, en su carrera por la presidencia de Colombia y triunfa Sandino en Nicaragua, por otra; luego, el tiempo, el otro, dirá la última palabra, pues matrimonio y negocio se atrofiarán paulatinamente; Sandino morirá asesinado, como Santos

⁵ Así comenta Owen a Reyes el 14 de marzo de 1933: “La actualidad colombiana me ha afligido en su pobreza intelectual y moral, pero hay un grupo de más jóvenes que yo, a mi lado, que necesariamente habrán de reaccionar. Enseño en una escuela de obreros; traduzco el *Jeremías* de Zweig para no salirme a la calle a gritar mi protesta contra esta guerra incalificada; quiero hacer en las hojas de diálogo —sale en abril— algo de lo que interrumpió en Amauta la muerte de José Carlos Mariátegui. Estoy viviendo una vida dura, sabrosa, a la que sólo le falta como agua el consejo de mis amigos para fecundar” (*Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, p. 277). Al parecer, como refiere en “Punto de gracia”, Owen también en Nueva York estuvo, si no enseñando en una “escuela de obreros”, sí ligado a la New School of Social Research.

Chocano, y los conservadores regresarán a la presidencia colombiana, además de que, acaso más doloroso que todo lo anterior, será testigo del ascenso del fascismo y el nazismo en el mundo.

La vida ajetreada, “sabrosa”, de Gilberto Owen en Colombia experimenta una curva ascendente, primero, y luego un lento descenso que llega casi hasta la invisibilidad, a finales de los treinta y principios de los cuarenta, en *El Tiempo*. Entre algunas noticias en que Owen y su familia son los actores principales dentro de este periódico se encuentra la primera nota de las dos que ofrecemos a la luz en esta ocasión, con foto, dedicada a “Don Gilberto Owen”; en ésta el redactor destaca las dotes de nuestro autor (a saber: camaradería en el trabajo, hermandad de espíritu, sabrosa erudición, agudeza de entendimiento y fervor lírico), pero más aún el hecho de saberlo más propio en Colombia (“nuestro” dice la nota) mediante el desposorio.⁶ En esa misma edición, para poner las cosas parejas, en la página de “La Vida Social”, se designa como “La novia de hoy” a la “Señorita Cecilia Salazar Roldán”, cuyo pie de foto dice:

⁶ “Cosas del Día”, *El Tiempo*, 2/dic./1935, p. 5.



En la mañana de hoy, contraen matrimonio en la Iglesia de la Veracruz, la señorita doña Cecilia Salazar Roldán y el señor don Gilberto Owen Estrada. Pertenece la gentilísima doña Cecilia a familia muy distinguida de nuestra sociedad y es poseedora de todas las gracias [prestigiadas] por claros talentos y por una cultura superior adquirida en Europa. Gilberto Owen, a quien todos en esta casa profesamos intenso cariño fraternal, será el compañero ideal de quien como doña Cecilia es toda delicadeza, finura, espiritualidad. Para la venturosa pareja, unida bajo el doble signo de la inteligencia y el amor, enviamos nuestras más sinceras felicitaciones.⁷

Varios meses después se publica el anuncio bilingüe de la inauguración de la Librería 1936, que seguramente redactó Owen:

LIBRERÍA 1936

(Edificio Santa Fe, junto a la Scadta).

Joyas de MATI, todas en ejemplar único, juguetes populares, donados por S. E. PALMA GILLÉN, MINISTRO DE MÉXICO, a una

de las escuelas de esta capital. Sólo se exhibirán durante breves días.

THE LATEST ENGLISH AND AMERICAN BOOKS. Visiting «1936» Bookshop and Art Exhibition, means quiet comfort in selecting, whole-hearted counsel when undecided, non-aggression when browsing.

Best of modern books, fine bindings, unusual. Art and Illustrated books.

COME IN, IF IT IS JUST TO BROWSE AROUND.⁸

Al otro día de la apertura de la librería, puede leerse la nota que damos a la luz más adelante, después de haber permanecido en los oscuros anaqueles de la hemeroteca; es un texto alusivo a la inauguración, cuyo tono es más que esperanzador y laudatorio en las páginas de *El Tiempo*: no sólo se vendían libros con una atención esmerada y a buenos precios, sino que “[admitía] tertulia también el gentilísimo librero”.⁹

Un dato extraño acerca de esta librería es que, en noviembre de 2002, Hans Otto Ungar (fallecido hace

⁷ *Ibid.*, p. 6.

⁸ “Editoriales y Comentarios”, *El Tiempo*, 25/jul./1936, p. 4.

⁹ “Cosas del Día”, *El Tiempo*, 26/jul./1936, p. 5.



poco) expresaba que “la Librería La Central la fundó el poeta Gilberto Owen, en 1926. Quedaba en el pasaje Santa Fe, que comunicaba la Calle 14 con la Avenida Jiménez, del que hoy sólo quedan los cafés recostados en el supérstite lado occidental, entre dos restaurantes y con la vista amplia de la plazoleta de El Rosario, poblada de vendedoras de esmeraldas que hablan por teléfonos inalámbricos. Era especializada en libros en inglés, para eso la fundó Owen. En 1930 la vendió a un ciudadano austriaco, Pablo Wolf”.¹⁰ Dos anacronías saltan a la vista, las fechas de fundación y de venta, pues en 1926 Owen vivía en la ciudad de México y en 1930 estaba en Detroit.

Otra noticia es la del nacimiento de la primera hija de Owen, Victoria Cecilia: “Una primorosa niña, la primogénita, alegra el hogar de nuestro querido compañero don Gilberto Owen y de su señora doña Cecilia Salazar de Owen. Deseamos a la pequeña muchas felicidades y a sus padres enviamos la más sincera felicitación”.¹¹

Luego, por las memorias de Luis Zalamea, nos enteraremos de que la primogénita se casaría con Patrick Panero:

¹⁰ www.casaeditorialeltiempo.com

¹¹ “La Vida Social”, *El Tiempo*, 4/sept./1936, p. 11. Ignoramos si ésta fue la fecha del nacimiento de la niña, pero Inés Arredondo comenta que Owen “tiene dos hijos. Victoria Cecilia, nacida el 4 de septiembre de 1936, y Guillermo nacido el 4 de mayo de 1938. Los dos en día 4 y por lo tanto en domingo” (art. cit., p. 46). Hasta donde sabemos, fue viernes el 4 de septiembre de 1936.

[Patrick Panero] desde 1956 se había vinculado —escribe Zalamea— personal y profesionalmente con Colombia cuando se casó con Vicky Owen Salazar, hija del poeta mexicano Gilberto Owen, radicado en Bogotá desde los años veinte y amigote de mi hermano Jorge, y nieta del general y jefe conservador Víctor Manuel Salazar, compañero de luchas políticas de mi papá. No obstante la ausencia casi permanente de Bob en sus viajes descomunales, con Vicky tuvo tres hijas y un hijo que formaron una familia auténticamente internacional.¹²

Owen llega, como anotamos, probablemente a principios de octubre de 1932 y no “desde los años veinte”, como supone Luis Zalamea.

El 16 de abril de 1942, se anuncia en “La Vida Social” la fecha en que Owen regresa a México después de casi 14 años de ausencia; así, leemos: “Para México saldrá el 29 de abril del presente don Gilberto Owen”.¹³

Finalmente, cabe agregar que Owen supo hallar un equilibrio entre sus aspiraciones personales y sociales, ya que dijo lo que su sentir le dictó en numerosas ocasiones sin temor a la censura, pues estaba acostumbrado a huir “de sed en sed”; navegó airosamente entre dos corrientes

¹² WWW. elperiodicodezalamea.top.ms

¹³ Desafortunadamente, no hallamos el ejemplar de *El Tiempo* del 29 de abril, por lo que desconocemos si hubo algún texto alusivo a esta enésima partida de Owen.

de aguas turbulentas, las de los liberales con quienes trabajaba y las de los conservadores con quienes resultó vinculado, pues su esposa era hija de un militar conservador; entre Escila y Caribdis, nuestro Ulises prefirió el canto de las sirenas y su locura consecuente. Esperamos que las notas que damos a conocer aclaren, primero, datos apenas mencionados de su estancia en Colombia y, luego, los infructuosos intentos de Owen por asirse a una tierra que le dio cabida después de ser relegado del servicio diplomático en dos ocasiones seguidas.

GILBERTO OWEN

Por vía de amor se ha ganado definitivamente Colombia a Gilberto Owen. Hasta ayer procuramos hacerlo nuestro en la camaradería del trabajo —en la que fue siempre ejemplar— y en la hermandad del espíritu, a la que en toda hora diera pábulo su sabrosa erudición, su agudeza de entendimiento y su fervor de gran poeta puro. Ahora se hace más entrañablemente nuestro por gracia del mejor don que podía propiciarle esta tierra.

La perfecta medida espiritual que hace de Gilberto Owen cabalísimo hermano de los Xavier Villaurrutia, de los Alfonso Reyes, de los Jorge Cuesta, ha impedido al público letrado de Colombia percatarse totalmente de lo que Gilberto vale como poeta, como novelista y como crítico. A tanto alcanza su pudor de artista que en veces llega a sospecharse si un exceso de severidad para consigo mismo no habrá cerrado momentáneamente en él aquella abierta vena de poesía que en otro tiempo y sitio vimos fluir con tan abundante generosidad.

Sospecha que se disipa tan pronto como se recuerda aquellas rotas, apresuradas confidencias de las que surgía la figura de Simbad, héroe y retrato suyo, protagonista de la novela que el poeta alimenta con su propia sangre y que va creciendo con la vida misma del autor. Simbad, el hombre marinero que cerrara un periplo de singularidad insuperable, es el hermano siamés de Gilberto Owen, el confidente de lo entrañable, el testigo de toda intimidad. Cuando Simbad acabe por separarse de la inteligencia que hoy lo acusa, sabremos cuánto puede Owen como poeta y creador de maravillas.

Pero no es una nota escrita en el momento en que la amistad se regocija y el ánimo fraternal se emociona, lugar para el comentario de lo que Gilberto Owen significa en la literatura mexicana y americana. Otra será la ocasión de hacerle la reverencia que se merece como poeta. Ahora sólo cuenta y sólo se atreve a hablar, la ale-

gría de saberlo más nuestro, de sentirlo más profundamente propio porque ya en su vida se confundieron el valle de México y la sabana de Bogotá, el aire más fino del mundo con el cielo de azul más puro.

(“Cosas del Día”, *El Tiempo*, 2/dic./1935, p. 5.)

LA LIBRERÍA, 1936

Gilberto Owen abrió ayer, en un coqueto local de Edificio Santafé, la librería que sus amigos esperábamos con entusiasmo, sabedores de sus conocimientos literarios, de sus gustos artísticos y de su capacidad de difusión de cuanto brota en el campo de la inteligencia. Hay que verlo, además, en su nueva función de vendedor, de hombre empeñado en atender al público. Se diría nacido para ese oficio, tales son su amabilidad, sus dotes de persuasión, los recursos de su verbo para despertar curiosidades y para alabar lo que merece alabanza. Lo acompaña la señorita Elisa Restrepo en la tarea de atender a la clientela. Y eso es ya un asalto. Tiene tal gracia y tal simpatía para ofrecer los tesoros literarios escondidos en ediciones pulquérrimas, los juguetes mejicanos, los cuadernos para niños y otros objetos de escritorio y biblioteca, que nadie sale indemne, sino, como dirían los penúltimos, aliviado de algún peso.

Otro factor de extraordinaria eficacia son los precios. Al fin vamos a poder seguir leyendo, en hermosas ediciones, los libros extranjeros. Y en materia de cuadernos de dibujo, al muñeco para recortar, de cuentos ilustrados, es tal el surtido y tan barato pide por lo que representa unas horas de incomparable alegría para los niños, que no hay padre de familia que al entrar a la Librería 1936 no salga con algún regalo para sus pequeñuelos. Es un propagandista admirable de *Rin-Rin*, la encantadora revista del Ministerio de Educación, que ya tiene dos mil suscriptores en Caldas, al tiempo que en la capital de la República no alcanza a tener ciento. Gilberto Owen redimirá a Bogotá de esa vergüenza y hará que en el curso de muy pocos días sobrepasemos a Caldas.

Admite tertulia también el gentilísimo librero. Puede contar, por todos esos factores, con el más venturoso éxito, que de corazón le deseamos, porque lo merecen abundantemente sus admirables condiciones de intelectual y de caballero.☺

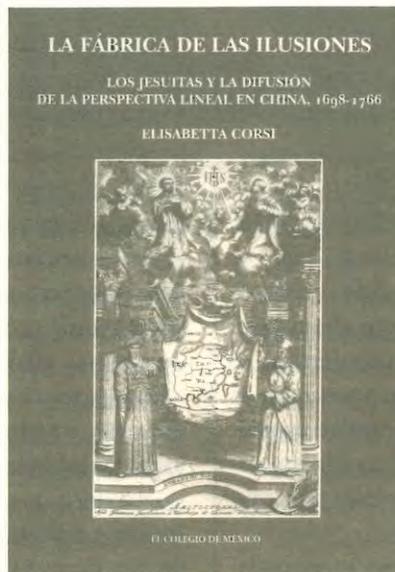
(“Cosas del Día”, *El Tiempo*, 26/jul./1936, p. 5)

La fábrica de las ilusiones

Elisabetta Corsi

El texto de Elisabetta Corsi, *La fábrica de las ilusiones*, me fascinó; lo leí casi como novela, tan atrayentes me parecieron los personajes y los asuntos allí tratados. El libro nos introduce a esclavos que también fueron grandes administradores, sabios y artistas; a jesuitas italianos y franceses con nombre chino y participación directa en industria y distintas empresas chinas, a emperadores con afanes científicos, y a ideas sobre la representación del espacio, tan fuerte que fueron capaces de resucitar tradiciones del pasado lejano, con implicaciones además para el pensamiento visual tanto europeo como asiático, de antes y de ahora. Evidentemente, “novela” es un modo de decir. En realidad, tuve que regresar sobre muchas frases y datos, en parte por mi poca familiaridad con la historia y con el desarrollo del arte en china, pero también porque el texto es compacto y lleno de informaciones y referencias eruditas a las que hay que poner atención para no perder los hilos de los asuntos que se van entretejiendo. Es más que evidente que se trata de un trabajo de cuidadosa y profunda investigación.

Después de un prefacio que deja entrever algo de los distintos procesos y orígenes de esta investigación, sigue una introducción que plantea de inmediato el problema del punto de vista de los que observamos la historia y la



historia del arte— muy *ad hoc* para un libro sobre la perspectiva. La representación del espacio en China en los siglos XVII y XVIII ¿fue una novedad?, ¿un aprendizaje? ¿Que tan bien o mal digerido?, Evidentemente, las respuestas a estas y otras preguntas por el estilo son múltiples y, en el fondo, dependen en buena parte del punto de partida del que intenta contestarlas. Regresaré a este punto más adelante.

El primer capítulo del libro entra en la materia principal a tratarse: el estudio de un texto del jesuita, italiano, Andrea Pozzo, traducido al chino a principios del siglo XVIII, y publicado en 1729 y de nuevo en 1735. El capítulo presenta con todo detalle al autor de la

traducción, Nian Xiyao, un alto burócrata, al servicio del emperador, y con una amplia cultura; es decir, inicia con el contexto de recepción de la obra de Pozzo. Nos enteramos del funcionamiento de la alta burocracia china, y de los muchos intereses y peripecias que llenaron la vida de Nian, y de cómo su camino fue cruzándose con los de varios jesuitas a través de los años, y no sólo en la corte imperial. El segundo capítulo entra en la materia del propio libro de Nian Xiyao, que es una parte del libro sobre la perspectiva de Andrea Pozzo (*Perspectiva Pictorum, et Architectorum*), publicado en Roma en 1693. La autora aprovecha para revisar la historia del texto, y repasar nociones de perspectiva, tanto europea como china. En el tercer y último capítulo, se entra a problemas de conceptos y traducciones. Aquí sí

*IIE/UNAM



me faltaron conocimientos del chino, evidentemente. Uno se puede imaginar las enormes dificultades de la traducción de términos surgidos en un contexto y dentro de una tradición cultural para otra muy distinta. Sin embargo, la autora logra explicar los problemas principales de la traducción, los orígenes de las ideas y las sutilezas de las dos tradiciones en cuestión. Cierra reafirmando su visión “multicultural” sobre el asunto en general, ya que su estudio logra convencer que el traductor chino utilizó su conocimiento de una antigua tradición pictórica y filosófica autóctona, del onceavo siglo, en la que la representación del espacio y la observación de los fenómenos naturales tuvieron un papel relevante, para poder entender al jesuita italiano del siglo XVII, Andrea Pozzo. Esa antigua tradición china y su terminología hicieron posible integrar la perspectiva italiana a un texto que pretendía ser útil para los connacionales chinos de Nian Xi Yao.

En la segunda parte del libro, Elisabetta Corsi estudia con detalle los prefacios de las dos ediciones chinas de la *Perspectiva* de Andrea Pozzo. Siguen comparaciones de las tablas y explicaciones de Pozzo y de su traductor chino.

Además del gran interés de la materia del libro, a lo largo de la lectura se me presentaron muchos asuntos sobre los cuales quisiera detenerme más, ya sea porque son fundamentales o porque he tenido ocasión de pensar en ellos en relación con la situación contemporánea de los jesuitas en la Nueva España en los siglos XVII y XVIII. Sólo mencionaré tres, que pueden ser de interés más general para poder entender y apreciar mejor el aporte del libro que estamos

examinando, un libro que es útil no solamente por lo que dice, sino también por lo que sugiere.

Una de estas cuestiones es cómo caracterizar las acciones culturales, especialmente visuales, de los jesuitas en todo el mundo. Lo que llevo investigado del manejo de las artes y de la arquitectura de los jesuitas en las misiones del norte novohispano deja pocas dudas respecto a la decisión de llevar o mandar a las misiones lo más avanzado que se tenía a la mano dentro de un promedio relativamente alto de productos. En otras palabras, no se encuentran malas pinturas en las misiones jesuitas, y a través de las misiones se introducen obras y procedimientos “modernos” de construcción. Es decir, no es aplicable el viejo esquema de centro-periferia, a la vieja manera, en el que las grandes obras sólo se encuentran en el centro, y todo lo demás son distorsiones en tono menor. Las misiones y los misioneros reclamaban y recibían de lo mejor que se podía proporcionar. Por esa actitud fundamental, por ejemplo, no es de sorprender que el tratado de Andrea Pozzo haya llegado a China recién impreso.

El segundo punto que me gustaría explorar es justamente el problema de la perspectiva. El tratado de Andrea Pozzo es el producto de una etapa específica de la representación del espacio en Italia. Se le considera como la culminación de la tradición de la *cuadratura*, que es una conclusión lógica, podríamos decir, de la perspectiva de Brunelleschi y compañía. Parece que eso fue lo que más interesó en China, y en efecto es lo más científico-matemático del asunto de la representación del espacio, ya que se trata de proyectar la ilusión de grandes y complejos

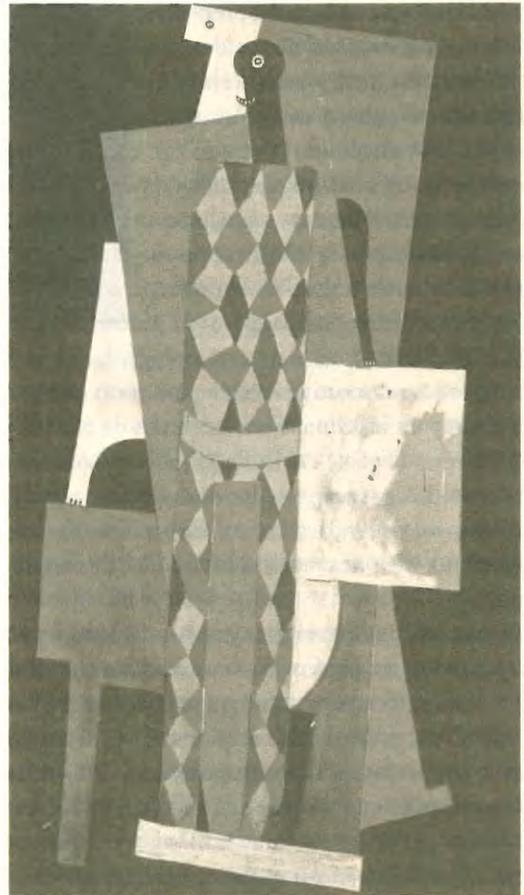
espacios arquitectónicos sobre superficies planas y curvas. Además, es lo que se puede mostrar con relativa facilidad a través de grabados en un libro.

Sin embargo, el manejo del espacio de Pozzo se dio en Italia cuando el manejo de la luz era tal vez lo más entrañable de la pintura tanto italiana como europea. Y no era la luz sólo por su utilidad en la representación de espacios y volúmenes “correctos”, sino la luz como elemento de drama y de expresión. De hecho, la luz es el tema central de la iconografía de la bóveda de la iglesia romana de San Ignacio pintada por Andrea Pozzo. Es interesante a este respecto recordar que la *cuadratura* como tal no parece haber interesado en la Nueva España, mientras la luz sí, y mucho. No tenemos noticias hasta donde sé, de la presencia del libro de Pozzo aquí hacia 1700, cuando llegó a China, a pesar de que Angelo Michele Colonna y Agostino Mitelli fueron conocidos en España, y en Portugal, por supuesto, como todos saben. Por otra parte, sí se conoció el tratado de Atanasio Kircher sobre la luz y la sombra, cuyo frontispicio ilustra el concepto de los reflejos de luces, que es el meollo del asunto de la bóveda de San Ignacio.

La pintura de cúpula o bóveda más notable de la Nueva España es la cúpula de la capilla de los reyes de la catedral de Puebla, pintada por Critóbal de Villalpando en 1688-1689, pero es una composición con un mínimo de arquitectura. Más bien se basa en la tradición italiana de la pintura de cúpulas y bóveda anterior a la *cuadratura*. La tradición de Correggio y de Pietro da Cortona. Todo en la cúpula de Villalpando es movimiento y juegos de luces, entre naturales y metafísicas. Y así se siguió en la Nueva España también en el siglo XVIII, notablemente en la bóveda de la capilla mayor de la iglesia del noviciado jesuita de Tepozotlán, donde es muy clara la referencia a Pozzo –y a Kircher– en la iconografía de la luz divina; pero nada de *cuadratura*. Este ejemplo lleva a pensar que va a ser muy interesante seguir estudiando comparativamente el impacto de fuentes jesuitas, tales como Pozzo y Kircher en distintos lugares.

Finalmente, son muy importantes en el libro los problemas de la definición de lo que son la creación e invención artísticas, en relación con juicios de calidad. Comparto totalmente la postura “multicultural” de la autora –aunque no me gusta del todo el término–, a la que me referí al principio. En efecto, desde hace varias décadas en la historia del arte, se están cuestionando las nociones de paradigmas fijos y progresos lineales y progresivos, que son el sustento de las visiones eurocéntricas de lo

que constituye la calidad estética. Situar, como lo hace desde un principio Elisabetta Corsi, la creación de la traducción de Pozzo en su contexto de producción chino, nos lleva a examinar y querer entender justo las características propias que hacían posible un cierto tipo de aceptación y comprensión en China del texto europeo. Es decir, el contexto chino no se nos presenta como un espacio vacío, ni una hoja en blanco. No es un contexto inerte que recibe la influencia europea, sino un ambiente y un individuo que toman y asimilan lo que quieren y pueden. Ese tomar, asimilar y reproducir en términos propios están en el corazón de todo proceso creativo, donde sea que se dé, y eso es lo que más interesa entender y rescatar. La autora habla de las “enzimas” del contexto chino que hicieron posible el consumo provechoso de lo europeo; es decir, utilizar la metáfora del comer para acercarnos a la comprensión de Nian Xiayo y su obra. Por mi parte, sólo queda agradecer la oportunidad de estar aquí y animar a todos del público a la comidlectura gustosa de este libro. ☺

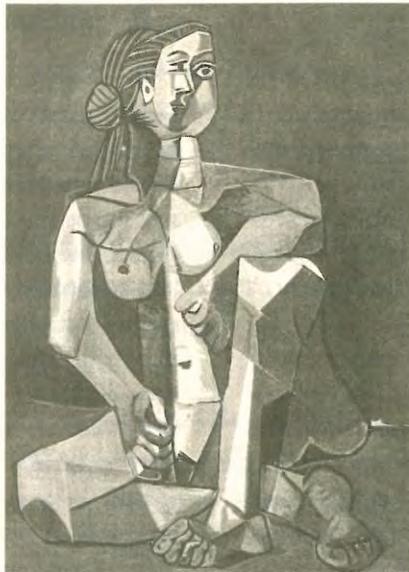


Poesía venezolana: Rafael Cadenas

I. ISN'T HE A BIT LIKE YOU AND ME?

El poema “Derrota” de Rafael Cadenas (Barquisimeto, Venezuela, 1930) es desconchado, pero tras esas anáforas angustiosas, alienta el fulgor de quién se ha arriesgado en las ceremonias paradójicas de la vida. Él zanja la cuestión de si la poesía contemporánea es o no nihilista (pues, apresuradamente, se podría tachar así a “Derrota”) con palabras apremiantes: “El poeta moderno habla desde la inseguridad. No tiene más asidero que la vida. Seguramente una voz queda le dice en los adentros: la época de las causas terminó. Ya no puedes aferrarte a religiones, ideologías, movimientos, ni siquiera literarios. Se acabaron las banderas... Esa voz, que parece la del nihilismo, podría ser más bien la voz de la vida que desea recuperarnos.¹

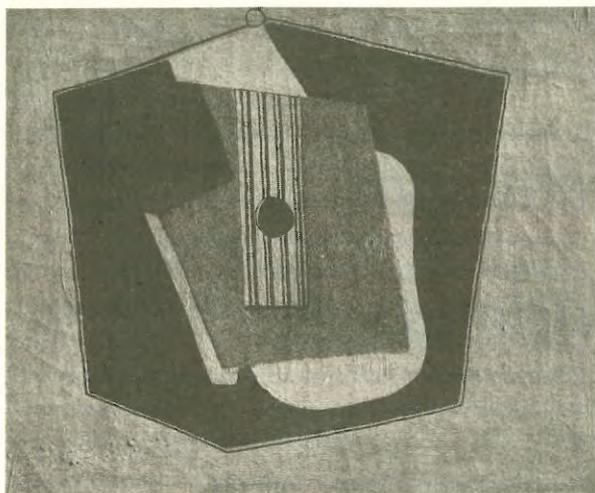
“Derrota” hace parte de *Falsas maniobras* (1966), por lo que, *grosso modo*, se ha juzgado como el testimonio de una generación que, como la de los años sesenta, estaba ilumi-



nada por fuegos de artificio en contrapunto. A ese convulso esplendor (rock, revolución cubana, drogas, *opus dei*, liberación sexual, racismo), y a esa “generación tumultuosa” (la expresión es de G. Bataille para referirse a sus congéneres surrealistas, pero, dada la concordancia entre éstos y los ‘próceres’ de los sesenta—Lennon, Joplin, Hendrix, King, Elvis, Foucault, Jones— me parece justa) le correspondía, en muchos casos, la poesía social, enfática, con lindes políticos. Se podría considerar “Derrota” como un credo político, pero en sentido inverso. A la inclinación por la victoria en el plano social, en el que la constelación de

seres triunfantes embona, casi idílicamente, con la amistad entre unos y otros (piénsese, por ejemplo, en la Revolución cubana o, en su exacto paralelo en contravía, los conciertos multitudinarios de música rock y, más todavía, en “el sueño americano”, cuyo fulgor de oropel fue identificado por S. Fitzgerald en *Crack-up*), Cadenas opone la voz vulnerable, pero segura, de aquel que contempla la caída de los ídolos sin otra esperanza que la desesperanza, sin otro equilibrio que el desequilibrio. Sin embargo, en la desazón suprema que produce el desarraigo total, la intemperie, ese darse contra las paredes, ese conocer la dicha a partir de la desdicha, de la abulia física y mental, como si la sociedad estuviera edificada sobre un orden que no vale la pena, pues deja traslucir el abandono y allí, en ese entorno ahuecado, solamente pudieran sobrevivir, entre los escombros, los

¹ Anotaciones, en *Poemas selectos*, Latina, Caracas, 2004, p. 133; la versión de “Derrota” será de ésta edición. R. Cadenas ha publicado los poemarios: *Los cuadernos del destierro* (1960), *Falsas maniobras* (1966), *Intemperie* (1977), *Memorial* (1977), *Amante* (1983) y *Gestiones* (1992), así como los textos *Realidad y literatura* (1979), *En torno al lenguaje* (1985), *Anotaciones* (1983), *Dichos* (1992), *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* y *Entrevistas* (2000), y las traducciones *Diario de Nijinsky. Fragmentos* (1985) y *Walt Whitman: Conversaciones* (1994).



seres temerosos, tristes y atontados, atascados en las vocaciones suicidas, Cadenas pondrá sus metáforas de la vida, esos pensamientos inmolados, ese rayo que penetra la realidad como una dinastía de soles ingenuos, pero violentos (lo que no es raro en la poesía venezolana, precedida en el siglo XX por tres maestros de la luz: Antonio Ramos Sucre, Vicente Gerbasi y Juan Sánchez Peláez):

No podemos tener [dice] más de lo que tenemos, y tenemos lo máximo que es la vida misma. Es demasiada ambición perseguir algo mayor que eso. Sólo nuestra falta de humildad nos hace salir en busca del “tesoro”, como ese personaje de los cuentos que viaja para encontrarlo y al final regresa y ve que el viaje no era necesario, pues lo que buscaba siempre estuvo alrededor de él, con todo su misterio... Nuestros cimientos son incommensurables, no se diferencian de lo desconocido, y éste es nuestro rasgo más importante.²

“Derrota” es el poema de la negación y de la aceptación. Aquí lo numinoso fluye de manera cruenta; la felicidad es agónica porque aceptar la derrota y rechazar las actitudes quiméricas, justamente, dan a este itinerario de la desolación, el vacío y la desventura, su profundidad terrestre, ese espíritu de ironía invasora que guardará el brillo, el olor, la “hermosura ociosa” (imagen de Gonzalo Rojas) que, quizás, solamente la poesía, en su vitalismo invulnerable, puede alentar; por algo, cada verso de “Derrota” es la cicatriz que ha dejado la pesadilla, la fascinación, la pasión mortal de la vida en su frenesí.

² *Ibid.*, p. 152



“La poesía es lo más hospitalario que existe”, dice Jorge Cuesta; pero, entonces, ¿cómo hablar de la derrota sin ceder a la tentación del sollozo, a la gloria como un anhelo imposible? Cadenas —considerado el poeta vivo más importante de Venezuela— lo hace en este texto de su primera juventud. Si recurre al énfasis es para mostrar que ante la insistencia de la autodestrucción no cabe otra salida que la inteligencia (“No hay diferencia entre lo ordinario y lo extraordinario”,³ dice uno de sus *Dichos*). Ese verso coloquial y sabio (“Me sería muy difícil escribir algo que no esté cerca del habla, algo que no pueda decir también sin rubor”)⁴ transita, sin otro encanto que el decir trizado de las actividades diarias, fundido a los acordes ásperos de su orgullosa humildad.

La transparencia despiadada de este poema es la fisura que humedece la sequedad de nuestros sentidos; la poesía no da nada, no obliga a nada, pero si pedimos que, sin importar su tersura o su complejidad, comparta con nosotros su alimento, su maquillaje desafiante, los frutos oscuros de su arrogancia, de su sereno delirio, de su desparpajo seductor, de tal modo que nos ayude en el conocimiento del mundo mediante el éxtasis y el silencio, y que cuando la realidad en su combustión nos haga inventar los más encumbrados juegos, ella nos despierte con su estruendo, y nos invite a ser imperfectos, pero profundos, a amar la libertad a pesar de todo, sin abdicar, habrá que buscar la revelación en este tipo de líneas, imágenes que tienen la flexibilidad visual de las llamaradas: ☾

³ *Ibid.*, p. 141.

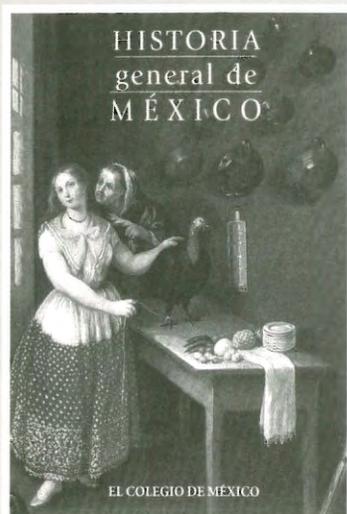
⁴ *Addenda*, en *Poemas selectos...*, p. 139.

Derrota

Yo que no he tenido nunca un oficio
que ante todo competidor me he sentido débil
que perdí los mejores títulos para la vida
que apenas llego a un sitio ya quiero irme (creyendo que medarme es una
solución)
que he sido negado anticipadamente y escarnecido por los más aptos
que me arrimo a las paredes para no caer del todo
que soy objeto de risa para mí mismo
que creí que mi padre era eterno
que he sido humillado por profesores de literatura
que un día pregunté en qué podía ayudar y la respuesta fue una risotada
que no podré nunca formar un hogar, ni ser brillante, ni triunfar en la vida
que he sido abandonado por muchas personas porque casi no hablo
que tengo vergüenza por actos que no he cometido
que poco me ha faltado para echar a correr por la calle
que he perdido un centro que nunca tuve
que me he vuelto el hazmerreír de mucha gente por vivir en el limbo
que no encontraré nunca quien me soporte
que fui preterido en aras de personas más miserables que yo
que seguiré toda la vida así y que el año entrante seré muchas veces más
burlado en mi ridícula ambición
que estoy cansado de recibir consejos de otros más aletargados que yo
("Usted es muy que quedado, avíspese, despierte")
que nunca podré viajar a la India

que he recibido favores sin dar nada a cambio
que ando por la ciudad de un lado a otro como una pluma
que me dejo llevar por los otros
que no tengo personalidad ni quiero tenerla
que todo el día tapo mi rebelión
que no me he ido a las guerrillas
que no he hecho nada por mi pueblo
que no soy de las FALN y me desespero por todas estas cosas y por otras
 cuya enumeración sería interminable
que no puedo salir de mi prisión
que he sido dado de baja en todas partes por inútil
que en realidad no he podido casarme ni ir a París ni tener un día sereno
que me niego a reconocer los hechos
que siempre babeo sobre mi historia
que soy imbécil y más que imbécil de nacimiento
que perdí el hilo del discurso que se ejecutaba en mí y no he podido
 encontrarlo
que no lloro cuando siento deseos de hacerlo
que llego tarde a todo
que he sido arruinado por tantas marchas y contramarchas
que ansío la inmovilidad perfecta y la prisa impecable
que no soy lo que soy ni lo que no soy
que a pesar de todo tengo un orgullo satánico aunque a
 ciertas horas haya sido humilde hasta igualarme a las piedras
que he vivido quince años en el mismo círculo
que me creí predestinado para algo fuera de lo común y nada he logrado
que nunca usaré corbata
que no encuentro mi cuerpo
que he percibido por relámpagos mi falsedad y no he podido derri-
barme, barrer todo y crear de mi indolencia, mi flotación, mi extravío
una frescura nueva, y obstinadamente me suicido al alcance de la
mano me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir
burlándome de los otros y de mí hasta el día del juicio final.

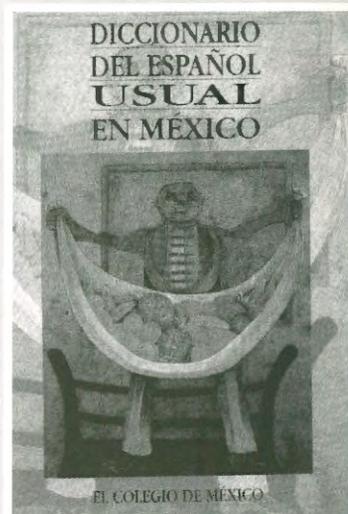
LOS LIBROS MÁS VENDIDOS



NUEVA HISTORIA MÍNIMA DE MÉXICO



EL COLEGIO DE MÉXICO



EL COLEGIO DE MÉXICO

**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083
o Correo electrónico: publi@colmex.mx

**VOICES
of Mexico**

**Bush's Second
Term and the World**
Jose Luis Valdes Ugaldé

**A New Look At
U.S.-Mexico Relations**
Andrés Rosental

Absentee Voting in Mexico
Patricio Ballados And
Rodrigo Cervantes

An Oil Collapse Foretold
Victor Rodriguez-Padilla
And Irma Vargas

**Affirmative Action
In Mexico**
Jesus Rodriguez Zepeda

**U.S.-Canadian
Ideological Borders**
Graciela Martinez-Zalce

**Three Mexican Women
Photographers**

**Three Mexico City
Neighborhoods**
Articles by Edgar Tavares,
Salvador Padilla And
Leilani Padilla

ISSUE 71 APRIL - JUNE 2005 MEXICO \$40 USA \$9.00 CANADA \$11.70

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

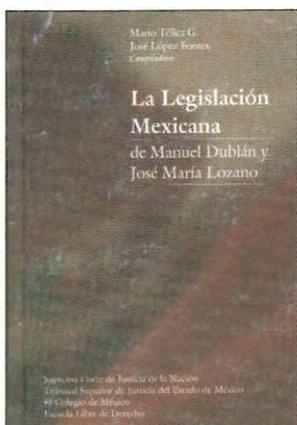
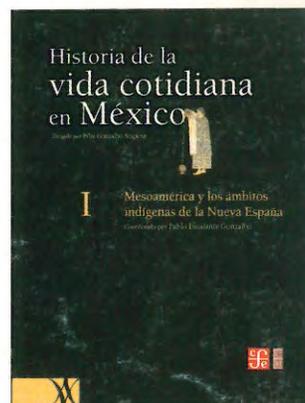
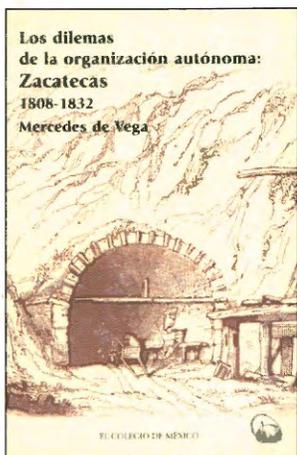
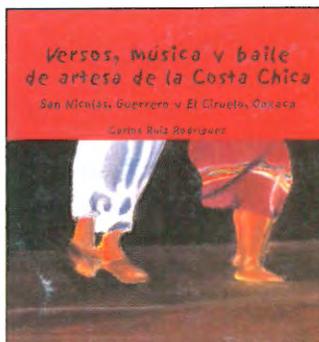
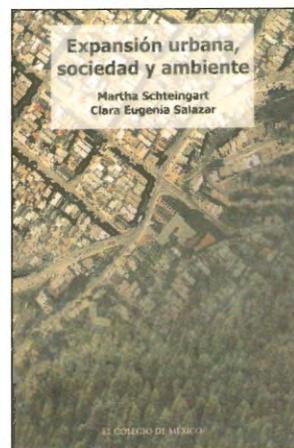
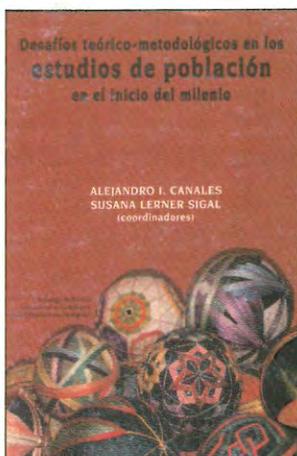
**VOICES
of Mexico**

SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

